123
Legajo 3
Letra E.

4028

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL ENEMIGO

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1888.

EL ENEMIGO

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA en la noche del 22 de Octubre de 1888.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, principal.

1888.

PERSONAJES.	ACTORES.
ROSARIO	SRTAS. MENDOZA TENORIO.
ISABEL	JULIA MARTÍNEZ.
RUFINA	MARÍA CANCIO.
DON JUAN	SRES. MATA.
DON MARTÍN	MARIO.
ENRIQUE	BALAGUER.
JULIÁN	FORNOZA.
LUIS	MENDIGUCHÍA.
DON PÍO	TAMAYO.
RAMÓN	URQUIJO.

Este obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Habitación amueblada con mucho lujo. Puertas laterales y en el fondo, á la izquierda velador con periódicos, recado de escribir y un albúm.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN.

(Es de noche.)

¡Qué deprisa el tiempo pasa!
Los años corren y vuelan,
y conforme van pasando
vamos cambiando de ideas,
de afectos, de sentimientos.
¡Mariana! La compañera
de mi vida, de mis hijos
la madre, la que con ciega
pasión me adoraba un día,
lo que quise con vehemencia,
con delirio ¿dónde está?
¿dónde? ¿Qué es hoy? ¡En la tierra
un poco de polvo, en mi alma
un recuerdo que se aleja
cada vez más, y se pierde
de la noche en las tinieblas

611158

cual sombra, que es el olvido
noche muy triste y muy negra!
Siempre que pienso en Mariana
siento frío en la conciencia,
oigo una voz que me acusa;
pero ¿por qué? Si ya ella
no existe ¿no puedo amar?
Es tan hermosa Enriqueta,
tan discreta, tan sensible,
y tan sencilla y tan buena,
y me quiere tanto, ¿cómo
no adorarla? Me atormentan
estas dudas cuando estoy
lejos, en mi casa. ¡Al verla
lo olvido todo, al mirarla
ilumina mi existencia
un rayo de luz, me postro
á sus piés, arrojo fuera
las dudas, me ama, la adoro,
soy libre y es libre ella!

ESCENA II.

JUAN y RAMÓN.

RAMON. Señor.
JUAN. Ramón.
RAMON. Esta carta:
dicen que es urgente.
JUAN. Venga.

ESCENA III.

JUAN.

¡De Enriqueta! ¿Á qué me escribe
sabiendo que he de ir á verla?
¡Su retrato! No está mal;
pero es mil veces más bella.
No es posible trasladar
á un cartón tal gentileza,

ni lo fresco de su boca,
ni lo negro de sus trenzas.
(Lee.) «Juan mío: ven enseguida.
Estoy impaciente, inquieta.
Sé que hay proyectado un duelo.
Me vuelve loca esta idea.
¡Tu vida es mi vida!» Ha sido
un lance sin consecuencias
á pesar mío. Á ese trasto
le ha valido su destreza.
Atreverse á calumniarla
y no le arranqué la lengua.
¡Decir de ella! ¡Qué sé yo
lo que dijo de Enriqueta,
de mi amor, de la que adoro,
la más noble y la más buena!
(Lee.) «No espongas tu vida, Juan,
por mí. Pues me adoras, deja
al mundo vil que murmure
y que diga lo que quiera.»
«Me hallo en una situación
tan difícil, tan violenta.
Viuda, joven, vivo sola.
Siempre en nosotras se ceba
la calumnia, pues nos falta
la honrada sombra que presta
un nombre.» ¡Tendrás el mío!
«Tú me has hecho una promesa;
pero no podrás cumplirla.
Con un imposible sueñas.
¡Entre tu amor y mi amor
se levanta una barrera;
tus hijos!» ¡Mis pobres hijos
oponerse! «Ellos me cierran
el paso. Yo te devuelvo
tu palabra.» Qué quimeras.
«No he de llevar á tu casa
el dolor y entrar por fuerza
rompiendo la cerradura
y quebrantando la puerta.»
¡Qué sentimientos tan nobles!
¡Qué dulce delicadeza!

Enriqueta, tú deliras.
Sí; vendrás á ser la dueña
y la señora absoluta.
Están las puertas abiertas
de par en par. No el desvío,
no el despecho; la obediencia
y el respeto, y el cariño,
y la sumisión te esperan.
«Ahí va mi último retrato.
Escóndelo en la cartera.»
Sí, conmigo. «No lo dejes
por un descuido en tu mesa,
porque si le ven tus hijos
¿qué dirán?» ¡Dios mío! ¡vuelta
con sus aprensiones! ¡Oh!
le pondré donde le vean
todos. ¡Esconderle! ¡Aquí
en el album! Bueno fuera.
En el sitio principal,
que ha de ser el suyo. En esta
(Coloca el retrato en el album.)
hoja. Aquí. ¡Cuánto me quiere!
¡Qué sencilla y que hechicera!

RAMON. El señor notario.

JUAN. Que entre.
¡Es una cara perfecta!
(Contemplando el retrato.)

ESCENA IV.

D. JUAN y D. MARTÍN por el foro.

MARTIN. ¿Se puede entrar?

JUAN. Don Martín.
Pase adelante.

MARTIN. Don Juan.

JUAN. Le esperaba con afán.

MARTIN. Pues aquí estoy ya.

JUAN. Por fin.
le vemos, señor notario.

MARTIN. ¿Y los muchachos?

JUAN. Muy bien.

MARTIN. ¿Y las chiquillas?
JUAN. También
sin novedad.
MARTIN. Y Rosario.
JUAN. Rosario, la predilecta
de don Martín.
MARTIN. Sí señor,
porque es esa la mejor
de esta casa.
JUAN. ¡Oh! sí, perfecta
MARTIN. No digo yo lo contrario.
JUAN. Pues ya tanto yo no digo.
MARTIN. En fin, vengo como amigo,
don Juan, ó como notario..
JUAN. Siempre como amigo viene,
y yo celebro infinito
verle; mas hoy necesito
al notario.
MARTIN. Aquí le tiene.
JUAN. Cuatro días esperando,
¿no le parecen bastantes?
MARTIN. No he podido venir antes,
noche y día trabajando.
JUAN. Me sorprende que soporte
tal trabajo. Siempre ha sido
el notario más querido
y buscado de la corte.
Su probidad, que jamás
por ninguno se ha negado.
MARTIN. Soy un escribano honrado,
lo mismo que los demás;
pero, aquí para nosotros,
á pesar de su opinión,
tengo una reputación
tan mala como los otros.
Ni protesto ni me apeno,
pues nada conseguiré.
Ya es artículo de fé,
que no hay escribano bueno.
En este país divino
el político es bribón,
el escribano un ladrón,

el médico un asesino;
y sin embargo, usté y yo
sabemos por experiencia
que hay notarios de conciencia
y políticos de pró,
y distinguidos galenos,
que en todas las profesiones
hay decentes y hay bribones,
y los malos son los menos.
Yo era honrado; pero un día
realicé una buena acción,
y adios la reputación
de santo que yo tenía.

JUAN. La perdió.

MARTIN. Por siempre.

JUAN. ¡Bah!
¿Por hacer bien?

MARTIN. Así fué.
La historia le contaré,
don Juan, y usted juzgará;
y pues su criterio es sano
no discutirá conmigo.
Yo tenía un fiel amigo
que quise como á un hermano.
En un viaje á Andalucía
á una mujer conoció
y de ella se enamoró,
que era divina María,
ardiente tipo español;
y el fruto de su cariño
fué un niño, le llamo niño
debiendo llamarle sol.
Me habló de legitimar
á la criatura inocente;
pero murió de repente
sin poderlo realizar.
Sus parientes con placer
de todo se apoderaron,
y en el arroyo plantaron
al niño y á la mujer.
¡Pedir limosna los ví,
ella enferma, él estenuado!

Esto, me dije indignado,
no puede quedar así.
Fuí á mi casa al momento,
á mi mesa me senté,
al muerto resucité
y el muerto hizo testamento.
Hubo pleito, como un hombre
le gané contra cuarenta,
la madre tuvo una renta,
el chiquitín tuvo un nombre;
los parientes, sin consuelo,
se enfurecieron conmigo;
pero mi infeliz amigo
me bendijo desde el cielo.
Esto hice yo, y orgulloso
siempre lo recordaré.
Si aquello un delito fué,
fué un delito muy hermoso.
Pues bien: desde tal acción,
de que hablaron largamente
mis enemigos, la gente
me tiene por un bribón,
y cuando algún malandrín,
que por dinero porfía,
intenta una picardía,
—vaya usted á don Martín,
le dice al momento alguno,
pídale usted parecer,
porque ese las sabe hacer
mucho mejor que ninguno.

JUAN. La anécdota conocía,
y á pesar de ese rumor,
yo le conozco mejor,
y confío en su hidalguía.

MARTIN. Pues no le asusta mi fama,
puede usté hablar.

JUAN. Al momento.
Quiero hacer un documento
que no sé cómo se llama,
uno que en términos fijos
diga cuánto tengo yo,
la cantidad que dejó

mi mujer á nuestros hijos,
la parte que es ganancial,
la dote de mi mujer.

MARTIN. Vamos, quiere usted hacer
su carta de capital.

JUAN. Son muchas las fincas mías,
y le costará trabajo.

MARTIN. Se trabajará á destajo,
y es cuestión de algunos días.
Hay que ver el testamento
de ella que hice yo.

JUAN. Es verdad.

MARTIN. Títulos de propiedad,
contrato de casamiento.

JUAN. Ya los papeles reuní.

MARTIN. Cuanto más pronto mejor.
¿Me los da usted?

JUAN. Sí, señor.
¿Vamos al despacho?

MARTIN. Sí.

JUAN. Su actividad sin igual
ahora la vamos á ver.

MARTIN. (¿Para qué querrás tú hacer
la carta de capital?

ESCENA V.

DICHOS y ENRIQUE por la segunda de la izquierda.

ENR. Señores.

MARTIN. ¡Oh!

ENR. Don Martín,
padre.

JUAN. Chico, ¿dónde andas?
No te he visto hace tres días.

MARTIN. (¡Vaya un arreglo de casa!)

ENR. Ocupado.

MARTIN. ¿Qué tal vamos?

ENR. Tirando.

JUAN. ¡Qué tarambana!

MARTIN. Ya, tirando de la oreja
á Jorge.

ENR. ¡Malditas cartas!
MARTIN. ¿Perdemos?
ENR. Algunos días;
pero otras veces se gana.
MARTIN. Papá es millonario.
ENR. Claro.
Y me ha dado carta blanca.
MARTIN. Bien hecho.
ENR. No paso apuros.
Mi padre es de los que pagan.
MARTIN. ¡Un padre de los que pegan
es lo que á tí te hace falta!
ENR. ¡Qué don Martin!
MARTIN. ¡Qué muchacho!
JUAN. ¿Vamos?
MARTIN. Vamos.
ENR. ¡Tiene gracia!
(Salen por la segunda de la derecha.)

ESCENA VI.

ENRIQUE y LUIS por la segunda de la izquierda.

LUIS. ¡Gracias á Dios que te veo,
querido hermano del alma!
ENR. Y yo á tí.
LUIS. ¿Dónde te metes,
Enrique?
ENR. Luis, ¿dónde andas?
LUIS. Pues en casa todo el día.
ENR. Yo paro muy poco en casa.
LUIS. Como tienes otra.
ENR. Tengo
otras.
LUIS. ¿Y Rita?
ENR. Olvidada.
LUIS. ¿Y Pepa?
ENR. Cayó.
LUIS. ¡Qué suerte!
¿Y Lola?
ENR. Cayó.
LUIS. ¡Caramba!

Eres atroz. ¿Y Jacinta?
ENR. ¡Caerá de seguro!
LUIS. ¿Y Juana?
ENR. Corre por mi cuenta ya.
LUIS. ¿Y el vizconde?
ENR. ¡Un papanatas
que echamos! ¡Qué casa he puesto!
¡Un nido! ¡Un sueño de hadas!
¡Seda, raso, terciopelo,
flores, espejos, arañas,
cortinas que caen, canarios
que se columpian, mil plantas
que trepan!
LUIS. Eso es, y un lago
en la mitad de la sala.
¿Y el dinero?
ENR. ¿Quién se apura
por dinero? Nunca falta.
Mi padre, si está de buenas,
si mi padre está de malas,
¡la ruleta!
LUIS. ¡También juegas!
ENR. Si la ruleta no anda,
mi padre. ¡Y entre los dos
de compromisos me sacan!
LUIS. ¡Cómo envidio tus conquistas,
tu desenfado, tu audacia!
¡Qué suerte de hombre!
ENR. Una sola
se me ha escapado. ¡Qué guapa!
¡Qué tipo!
LUIS. ¿Mujer de historia?
ENR. No tiene muy buena fama.
La dije que era marqués.
LUIS. ¡Chico!
ENR. Para impresionarla.
La hablé de tierras, de títulos,
de castillos. Y ya estaba...
LUIS. Medio caída.
ENR. Ya, muerta
por mí; pero una mañana
desapareció.

LUIS. ¡Demonio!
¿Dónde andará?
ENR. Pues en Francia
ó en América. ¡Quién sabe!
Como yo vuelva á encontrarla,
no se escapa, te lo juro.
LUIS. ¡Qué vida llevas!
ENR. ¿Te pasmas
de mi vida? ¡Vida de hombre!
He desplegado mis alas,
y me lancé.
LUIS. Desde el día
en que murió mi adorada
madre, eres otro.
ENR. Cambiamos
todos: ¡esta es otra casa!
¡Si ella viviera, no haría
esta vida! Dos palabras
suyas, y ya convencido
enseguida. ¿Disgustarla?
¡Jamás!
LUIS. Era tan severa.
ENR. ¡Severa... llámala santa!
En fin: este es otro tiempo.
Aquí ya ninguno manda
ni obedece. Nuestro padre
da el ejemplo. ¡Ni se enfada,
ni se cuida de nosotros,
ni piensa en nuestras hermanas,
ni pone orden, pues que viva
el desorden! Hago falta
en otro sitio! Adios, Luis.
Diviértete; hasta mañana,
pasado, ó el mes que viene,
ó el Carnaval ó las Páscuas.
(Sale por la izquierda.)

ESCENA VII.

LUIS.

—Pues señor: soy un imbécil.
Ni juego, ni tengo trampas,

ni sostengo una querida.
¡Si no sirvo para nada!
¡Yo me lanzo! Á hacer la vida
de los hombres; ¡soy un mándria!
Esta noche yo no duermo
aquí. Hoy entro en campaña.
¡Yo no duermo aquí, aunque duerma
en un banco de la plaza
de Oriente! ¡Estoy decidido!
Mañana le pongo casa
á cualquiera. ¡Y desde hoy,
en viendo una... desdichada!
cae! ¡Desde hoy pueden temblar
las viudas y las casadas!

ESCENA VIII.

LUIS y RUFINA por el fondo con un lío de ropa..

RUFINA. ¡El señorito!
LUIS. ¡Rufina!
¿Por qué te asustas, muchacha?
RUFINA. ¡Silencio!
LUIS. ¿Qué llevas ahí?
RUFINA. Por Dios. ¡No diga usted nada!
LUIS. ¡Unos dominós!
RUFINA. ¡Más bajo!
LUIS. Pero aquí ¿quién va de máscaras?
RUFINA. ¡Las señoritas!
LUIS. ¡Demonio!
Pero ¿quién las acompaña?
RUFINA. El padrino.
LUIS. ¿Y nuestro padre
no sabe?
RUFINA. ¡Ni una palabra!
LUIS. (Todos aquí se decíden
y yo. Tiene mucha gracia
esta chica. ¡Yo me lanzo!)
¡Ay! ¡Rufina!
RUFINA. ¿Qué me manda
usted?
LUIS. (¡Allá va un abrazo!)

RUFINA. ¡Pero señorito!
LUIS. ¡Calla!
(¡Esta cae!) ¡Benditos sean
ese cuerpo y esa cara!
RUFINA. ¡Qué pueden venir! ¡Por Dios!
LUIS. ¡Ay! ¡Rufina de mi alma!
¿Dónde nos podremos ver?
RUFINA. ¡Cómo vernos! (¡Quién pensara!
¡El señorito!)
LUIS. ¡Te adoro!
Ven hoy el Real.
RUFINA. (¡Qué ganga!)
LUIS. ¡Eres divina! ¿Vendrás?
RUFINA. Si usted se empeña.
LUIS. Me aguardas
á la puerta.
RUFINA. Iré.
LUIS. (¡Cayó!)
RUFINA. Con este voy disfrazada.
(Sale por la primera de la derecha.)
LUIS. Corriente. Ya me lancé.
Nada: yo la pongo casa.
Veintiseis reales. No importa.
Los doy tres golpes. Mañana
soy rico. Voy á ponerme
de frac y corbata blanca.
(Sale por la primera de la izquierda.)

ESCENA IX.

RUFINA, ROSARIO ó ISABEL por la primera de la derecha.

ISABEL. ¡Gracias á Dios que has venido!
RUFINA. Está lejos.
ISABEL. ¡Qué cachaza!
ROS. ¡Por Dios! ¡Que nos puede oir
mi padre! ¡Más bajo!
ISABEL. ¡Saca
esos dominós, mujer!
ROS. ¡Qué impaciente!
ISABEL. ¡Y tú de horchata

la sangre!

RUFINA. ¡Mírele usted!

ISABEL. Á ver... ¡Qué forma tan rara!
¡Y qué adorno tan pasado
de moda! ¡Y azul! ¡Si me carga
el color azul! ¡Si sabes
que me sienta mal! ¡Aparta
ese mamarracho ya
de mi vista!

RUFINA. Bien.

ISABEL. ¡Que sándia!

ROS. ¡Isabel!

ISABEL. ¡Otro!

RUFINA. Aquí está.

ISABEL. Si es igual. ¡Otro!

RUFINA. (¡Qué lástima
de paliza!)

ISABEL. ¡Si es igual!
¡Si no hay mujer más pesada,
más torpe!

ROS. ¡Pero Isabel!

RUFINA. ¡Pues no dan otros! (¡Hoy rabia
esta niña!)

ISABEL. ¡No dan otros,
sí dan otros, descarada!
¡Si yo pudiese salir!
En todo tengo desgracia.
Véte de mi vista ya.

RUFINA. (¡Si pudiera contestarla!)
(Sale por la primera de la derecha.)

ESCENA X.

ISABEL y ROSARIO.

ROS. ¡Pero por Dios, Isabel!
No nos pongas esa cara,
ni trates así á la gente,
ni ofendas con tus palabras,
porque van á aborrecerte
todos.

ISABEL. ¡Si no me hace falta

que me quieran! No me importa.

ROS. No desperdicies tus lágrimas
por un motivo tan nécio.

ISABEL. Pues quiero llorar.

ROS. ¿Qué guardas
para un dolor verdadero,
de esos que la vida amargan?

ISABEL. Más grande que éste, no es fácil.
¡Es éste de los que matan!
¡No hay suerte como la mía!
¡Estoy tan encaprichada
por ir á ese baile, y todos
son obstáculos!

ROS. ¡Hermana,
por Dios!

ISABEL. ¡Vaya un dominó!
¿He de ir hecha una facha?
Se van á reir de mí.
Ya no voy. ¡Me quedo en casa!

ROS. ¿De veras?

ISABEL. ¡No voy!

ROS. ¡Qué dicha!
¡Qué felicidad! Yo estaba
con una pena tan honda
y con un peso en el alma.

ISABEL. Pero ¿por qué? ¡Es un delito
ir á ese baile! Las damas
más encopetadas van,
va toda la aristocracia,
es el baile de escritores.

ROS. Tu padre no sabe nada.

ISABEL. Vamos bien con el padrino.
No es la Camelia, la Alhambra,
ni el Elíseo. Es el Real,
¡el Real! ¡Hoy hecho un áscua
de oro! Qué animación,
qué alegría, qué algazara!
¡Unos ríen, otros gritan,
otros baila que te baila!
Y yo aquí metida! ¡No,
si no es posible! Aunque vaya
hecha un mamarracho, voy.

Por lo mismo que te enfadas,
voy, porque te opones tanto,
voy y voy!
(Sale por la primera de la derecha.)

ROS. ¡Vaya una hazaña!
¡Esta pobre hermana mía
me tiene tan preocupada!

ESCENA XI.

ROSARIO y JULIÁN por el fondo.

JULIAN. Rosario.
ROS Por fin aquí,
Julián. ¿Cómo no has venido
esta tarde?
JULIAN. No he podido.
ROS. ¡Ay! Julián!
JULIAN. ¿Qué tienes, dí?
ROS. Tengo una pena.
JULIAN. ¿No puedo
saberla?
ROS. Pena cruel.
¡Pienso en mi hermana Isabel,
y el porvenir me da miedo!
Antes sumisa, obediente,
toda modestia y dulzura,
angelical criatura,
el encanto de la gente.
Hoy irascible, coqueta,
caprichosa, descarada,
ni se intimida por nada,
ni obedece, ni respeta.
JULIAN. ¿Va á ese baile?
ROS. Es su manía.
JULIAN. ¿Y tú?
ROS. Voy, mal que me cuadre.
JULIAN. Perdió la pobre á su madre
cuando más falta la hacía.
Y allá corre sin sentido
donde sus antojos van.
ROS. Pero ¡qué madre, Julián,

la madre que hemos perdido!
¡Ángel que está en el Edén!

JULIAN. De las madres se habla tanto.
Ese nombre hermoso y santo
no todas le llevan bien.

ROS. Ella sí: sus ojos fijos
en su casa y en su esposo.
¡Qué corazón más hermoso
entero para sus hijos!
¡Qué inteligencia sin par!
¡Qué sencillez, qué virtud!
¡Qué severa rectitud
en su modo de pensar!
En casa sólo se hacía
lo que á todos ordenaba;
pero nadie protestaba
ni el mandato resistía.
Mandaba con tal dulzura
al mandar, que era un placer
inefable obedecer
y sufrir su dictadura.
¡Qué consuelo para mí
en las horas de tristeza
ir á esconder la cabeza
sobre su pecho, y allí,
con dulcísima emoción
al sentir en mis oídos
repercutir los latidos
de su noble corazón,
exclamar: no desvarío;
no son locas ilusiones;
aquí no hay miedo á traiciones:
¡este corazón es mío!
¡Es mía esta sangre pura!
Está latiendo por mí.
¡Qué feliz estoy aquí,
qué tranquila, qué segura!
Es baluarte sin segundo
este en quien puedo confiar,
que aquí no pueden llegar
las asechanzas del mundo.
¡Aquí reposo, consuelo.

felicidad, alegría,
paz, amor! ¡Ay! ¡madre mía!
¡Qué pronto volaste al cielo!

JULIAN. Siempre que entró aquí la veo
como la ví desde niño.
¡La resucita el cariño
y me la finge el deseo!
Cerca de su mesa, allí,
tras su labor escondida,
fingiendo estar distraída;
pero mirándote á tí.

ROS. Y á tí.

JULIAN. ¡Qué dulces veladas!
No nos mataba el hastío.

ROS. Más de una vez, Julián mío,
sorprendió nuestras miradas.

JULIAN. Mas sin inquietud, veia
sentimiento tan honrado
en ellas, que hacia otro lado
miraba y se sonreía.

ROS. Nuestra pasión comprendió.

JULIAN. Y en silencio la aprobaba.

ROS. ¡Quiere á Julián, murmuraba
la noche en que se murió!

JULIAN. ¡Hazla feliz, me decía!

ROS. ¡Se buena, me dijo á mí!

JULIAN. ¡Hoy nos mira desde allí!

ROS. ¡Mi Julián!

JULIAN ¡Rosario mía! (Se abrazan.)

ROS. ¿Oyes?

JULIAN. Oir me pareció. .
(Se acerca á la puerta.)
Tu padre y el mío están
hablando juntos.

ROS. Julián.
Si nos ven tan solos.

JULIAN. No.
Te encontrarán sola á tí.
Hasta mañana.

ROS. Te vas.

JULIAN. ¡Rosario! (Cogiendo su mano.)

ROS. Uno nada más. (La besa la mano.)

JULIAN. En tu mano.
ROS. ¡Ya está aquí! (Por el corazón.)
(Sale Julián por el fondo. Rosario por la derecha.)

ESCENA XII.

D. JUAN y D. MARTÍN por la segunda de la derecha.

MARTIN. Si usted tiene que salir.
JUAN. Me he entretenido bastante
tiempo. Me esperan.
MARTIN. Conmigo
está cumplido.
JUAN. Dejarle
solo...
MARTIN. ¿No soy de la casa?
Aquí me quedo, enterándome
unos momentos de este
papel que es muy importante.
Así ganaremos tiempo
y usted se marcha á la calle.
(Se sienta á la mesa.)
JUAN. Pues que usted me echa... ¡Ramón!
(Llamando.)
Don Martín. (Despidiéndose.)
MARTIN. Que usted lo pase
bien.
JUAN. Adios, pues.
RAMON. (Entrando.) Señorito.
JUAN. No te duermas, porque es fácil
que venga tarde.
RAMON. Don Juan,
está bien.
JUAN. (Por el fondo.) Bastante tarde.
MARTIN. (Perfectamente. Si juega
el prior, ¿qué harán los frailes?)

ESCENA XIII.

DICHOS y ENRIQUE por la segunda de la izquierda.

ENR. Ramón.

RAMON. Señorito.
ENR. Abur
don Martín.
MARTIN. ¿Te vas, tunante?
ENR. Sí, señor. Hasta mañana.
MARTIN. Pues, divertirse y cuidarse.
ENR. No te duermas, Ramón.
RAMON. Bien.
ENR. ¡Vendré muy tarde, muy tarde!
MARTIN. (¡Y van dos!) (Sale por el fondo Enrique.)

ESCENA XIV.

DICHOS y LUIS por la primrea de la izquierda.

LUIS. Ramón.
RAMON. Don Luis.
LUIS. ¿Cómo va? (Á D. Martín.)
MARTIN. Tú también sales.
LUIS. Ya lo creo.
MARTIN. Hasta mañana.
LUIS. Ramón, puedes acostarte.
Vendré mañana de día,
ó mañana por la tarde,
ó no vendré. (Voy á hacer
esta noche un disparate.)
(Salen por el fondo Luis y Ramón.)
MARTIN. Pues, señor, ya sólo falta
que desfilen por delante
de mí las chicas, diciendo
que se van á cualquier parte
y que no piensan volver.
¡Está la casa que arde!

ESCENA XV.

D. MARTÍN é ISABEL por la primera de la derecha.
Con dominó.

ISABEL. ¡Ya estoy lista! ¡Don Martín!
¡Ay, pensé que era mi padre!

MARTIN. ¿Te has asustado, mujer?
ISABEL. Sí, no pensaba encontrarle
aquí, ¿cómo por aquí?
MARTIN. ¡Á ver... á ver... qué elegante!
ISABEL. ¿Le gusta á usted?
MARTIN. Muy bonito.
ISABEL. ¡Pues mire usted, qué carácter
me ha dado el señor! Rabiando
pasé dos horas mortales.
Me empeñaba en que era feo.
Yo soy terrible enfadándome.
MARTIN. Pues te sienta bien.
ISABEL. ¿De veras?
Como tengo tan buen talle.
MARTIN. ¡Qué modestia!
ISABEL. ¡Me lo han dicho
tantas veces!
MARTIN. Por burlarse.
ISABEL. Pues me lo he creido.
MARTIN. ¿Sí?
ISABEL. ¡Cuando voy por esas calles,
todos me llaman remona,
resalada!
MARTIN. ¡Retunantes!
¡Sabes que estás muy retonta!
¿Pero dónde vas?
ISABEL. Á un baile.
MARTIN. Con permiso de papá.
ISABEL. Sin el permiso de nadie.
MARTIN. Bien pensado. ¿Á él, por ventura,
le importa lo que tú haces?
ISABEL. Toma, no lo ha de saber.
MARTIN. Pues es claro.
ISABEL. Y si lo sabe,
¿qué importa un sermon? Me lleva
mi padrino, que es un ángel
y hace todo lo que quiero,
sin protestar ni quejarse,
pues mando en él!
MARTIN. ¿Y tú crees
que es bueno y honrado, que antes
de los dieciseis Abriles,

toda inocencia, te lances
á esas fiestas tumultuosas,
impuras y delirantes?

ISABEL. Yo no sé si es malo ó bueno.
Voy allí porque me place.
Papá no nos hace caso,
y como no tengo madre
que me lo impida, por eso.

MARTIN. Tienes razón: ahora hablaste
como un libro. Si viviera
Mariana, que en paz descanse...

ISABEL. No iría: eso ya lo sé

MARTIN. Te daría sin ambages
cuatro azotes y á la cama;
y oye, sin que lo oiga nadie,
te vendrían los azotes
muy bien, pues son un calmante
para las niñas nerviosas,
de un resultado admirable.

ISABEL. ¡Qué don Martín! Tiene gracia.

MARTIN. Eso me han dicho.

ISABEL. ¡Muy grande!

ESCENA XVI.

DICHOS y D. PÍO por el fondo

PIO. ¡Aquí estoy yo!

ISABEL. ¡Mi padrino!

PIO. Aquí me tienes de fraque
y de claque.

ISABEL. (Á la puerta.) Ven, Rosario,
ven pronto, no te retrases.
¡Que está el padrino!

MARTIN. ¡Don Pío!

PIO. ¡Don Martín! (Saludando.)

MARTIN. ¡Oh, qué flamante!

PIO. No pasan años por mí.
Estoy tan fresco y tan ágil,
y han caído, don Martín,
cincuenta y tres Navidades;
pero el que más me echa treinta.

MARTIN. ¿Conque á bailar?
PIO. ¡Sí, qué diantre!
MARTIN. ¡Pero don Pío!
PIO. No tengo
otro pío. Que no me hablen
de toros, ni de teatros,
de carreras, ni de viajes.
Los bailes; ese es mi fuerte.
¡Yo vivo dale que dale
á las piernas! He bailado
hasta en mitad de la calle,
al compás de alguna murga
desafinada y salvaje.
¡Lo que yo me he divertido
en las máscaras!
ISABEL. (Impaciente.) ¿Qué haces,
Rosario? (Desde la puerta.)
PIO. Cuando muchacho
iba al baile con mi madre,
casado, con mi mujer;
y hoy, ya libre como el aire,
con mi sobrina!
MARTIN. ¿Canario?
que diversión. Es matarse
esa vida.
PIO. Yo así engordo.
Una vez á Capellanes
fuí solo.
MARTIN. ¡Solo!
PIO. ¡Qué noche!
MARTIN. (Este es tonto de remate.)
PIO. Hallé una nube de amigos,
nos rodearon un enjambre
de amigas. Bailamos.
MARTIN. ¡Bravo!
PIO. Cenamos luego.
MARTIN. Adelante.
PIO. Nos pusimos muy alegres.
Rompieron después los cafres
platos, vasos y botellas,
con un ruído formidable,
después poco á poco fueron

ellos con ellas marchándose.
Me dejaron solo.

MARTIN. ¡Hombre!

PIO. ¡Pagué la cena!

MARTIN. ¡Tunante!
Y los platos rotos.

PIO. Todo.
Yo soy así. Y á la cárcel
fuí por escándalo! ¡Yo era
joven! ¡Oh, qué mocedades!

ISABEL. Yo no puedo esperar más.
Lo hace adrede. No se sale
con la suya. ¡Vámonos!

PIO. Pero.

ISABEL. Vamos, no me enfades.
Dígale usted á mi hermana
que la espero en el carruaje
cinco minutos. Adios.

PIO. ¡Es un pimiento picante!
(Salen por el fondo.)

MARTIN. Nos marcharemos también.
Aquí todo me distrae
y no hago nada. Esta casa
acaba mal Algo grave
preveo. ¡Pobre Rosario!
Por ella que es la que vale,
lo siento, ella tan prudente,
tan discreta, tan amable!

ESCENA XVII.

D. MARTÍN y ROSARIO por la primera de la derecha. Con dominó.

ROS. ¿Usted?

MARTIN. Rosario.

ROS. ¿Qué pasa?
¿Á estas horas por aquí?
¿Le han dejado solo?

MARTIN. Sí.
Me quieren poco en tu casa.

ROS. Mal hacen.

MARTIN. Los tuyos son.
ROS. Pues hágalo quien lo hiciere.
Hay una aquí que le quiere
con todo su corazón.
MARTIN. Una que es un serafin.
ROS. ¿Yo un serafin?
MARTIN. Tú un encanto.
ROS. ¿Me quiere usted mucho?
MARTIN. Tanto
como mi hijo.
ROS. ¡Don Martín!
MARTIN. ¿Vas á negármelo?
ROS. Yo...
¿Por qué? Yo no niego nada;
el que me ponga encarnada
no es decirle á usted que no.
MARTIN. Esos sonrojos me prueban
que tú también.
ROS. No es de hoy.
MARTIN. ¿Pero dónde vas?
ROS. No voy,
señor don Martín, me llevan.
MARTIN. Me duele mirarte así.
ROS. Pues á mí también me enfada.
MARTIN. Esa toilette no me agrada.
ROS. ¡Tampoco me gusta á mí!
MARTIN. Ir con careta. ¡Qué rara
afición!
ROS. También convengo.
Aunque soy fea, no tengo
por qué taparme la cara.
MARTIN. Á nada bueno se vá
á un baile, convéncete,
Rosario.
ROS. No siga usté,
estoy convencida ya.
Pero Isabel se empeñó.
MARTIN. En el coche espera.
ROS. ¿Si?
MARTIN. (Oyendo.) ¡El coche! Se va sin tí.
ROS. ¡Ay! ¡Cuánto me alegro!
MARTIN. ¡Y yo!

ROS. Fuera el traje.
MARTIN. Yo te ayudo,
que me hace daño á los ojos.
ROS. ¡Qué doncella!
MARTIN. ¡Con antecojos
y con hijos!
ROS. Fuera el nudo.
(La ayuda á quitarse el dominó.)
¡Ay! don Martín ¡Alegrémonos!
No tengo que trasnochar!
MARTIN. Ahora podemos hablar.
ROS. Y hasta sentarnos.
MARTIN. Sentémonos. (Se sientan.)
ROS. ¿Todos se han ido?
MARTIN. Se han ido.
ROS. Poco vemos á papá.
MARTIN. ¿Cuántos años tienes ya?
ROS. Los veintiseis he cumplido.
MARTIN. Grave momento á mi ver,
si despacio se examina
En tí la niña termina
y principia la mujer.
Hasta hoy pudiste volar
libre de aquí para allí;
mas ya llegó para tí
el momento de pensar,
y al contemplar lo que pasa
en esta terrestre esfera,
tu mirada, la primera,
debe ser para tu casa.
Esta casa que era un día
un modelo, no lo es ya,
y sin rumbo fijo va
como Dios quiere, hija mía.
De tal cambio no me espanto.
La causa no está lejana,
¡nos falta aquella Mariana
que todos quisimos tanto!
Pero tú que eres portento
de semejanza con ella,
tú que heredaste de aquella
virtud el claro talento,

y el amor extraordinario
á hacer bien, y á trabajar,
algo puedes intentar
por esta casa. Rosario.
Tus hombros débiles son,
vas á luchar y á sufrir;
pero tu madre al morir
te ha legado esa misión.
De tu hermana, ¿qué va á ser
con esa loca cabeza?
Poco á poco, con firmeza,
tú te debes imponer
y dominarla con modo.
Para tu padre ternura,
amor, paciencia, dulzura,
caricias, halagos, todo!
Siempre en él, tus ojos fijos,
atraerle ó le perderás,
¡se aleja cada vez más
del nido en que están sus hijos!
El luchar es tu deber,
llamarlos todos á tí
y demostrarlos que aquí
no hace falta otra mujer.

ROS. ¡Otra mujer!

MARTIN. La estoy viendo
se acerca ya. Tú disponte.
Yo veo en el horizonte
un enemigo.

ROS. No entiendo.

MARTIN. Deploro tu situación.

ROS. ¿Un enemigo?

MARTIN. Mortal.

ROS. ¿Quién puede quererme mal?
Soy buena.

MARTIN. ¡Pues más razón!
Quizás me engañe. Quizá
un presentimiento, nada,
consúltalo con la almohada
esta noche.

ROS. ¿Ya se vá?

MARTIN. Me duele dejarte aqui

tan sola!

ROS. No tengo miedo.

MARTIN. Adios, hija mía. Puedo
llamarte asi.

ROS. ¡Siempre así!
Yo con deleite le escucho!

MARTIN. (Abrazándola.)
Ven sobre mi corazón!
¿Qué le digo á aquél bribón?

ROS. Que quiero á su padre mucho.
(Sale D Martin por el fondo.)

ESCENA XVIII.

ROSARIO.

Me quiere y me aconsejó
el pobre con buen deseo.
Algo verá, que no veo.
De un enemigo me habló;
mas no acierto... ¿quién será?
De nadie dudas abrigo.
Bah, si tengo un enemigo
mi madre me amparará.
(Se acerca á la mesa.)
Parecerme á ella, sí, sí.
¡Cualquier día! Aquella cara
de ángel. La mía tan rara. (Abre el album.)
¡Qué bien sacada está aquí!
Y aquí falta la expresión
del rostro, aquella animada
sonrisa, aquella mirada,
el aire, la distinción.
Precisamente aquí está
el mío... Es un insensato
quien diga... ¡Calla! un retrato.
Esta mujer ¿quién será?
Yo tengo buena memoria,
mas no recuerdo, no sé
quien es.—No me engaño.—Al pié
tiene una dedicatoria.
¡Qué letra! ¿Quién dudaría?

Es de mujer, de seguro.
«Á mi Juan, á mi futuro
esposo.» ¡Jesús María!
¿Qué dice en esta tarjeta?
¿Es verdad? Soñando estoy.
«¡Á mi Juan!» ¡La fecha de hoy!
«Tu Enriqueta» ¡Su Enriqueta! (Se levanta.)
¿Quién es ésta que á mi padre
suyo se atreve á llamar!
¡Una que quiere ocupar
el lugar de nuestra madre!
¡Qué profanación, Dios mío!
¡Tan pronto! ¡Quién lo creyera!
Ese lugar que debiera
quedar por siempre vacío!
¿Quién será? Vamos á ver
si por la cara comprendo.
(Vuelve á coger el album.)
¡Esta cara está diciendo
que no es buena esta mujer!
Esa mirada glacial
me anuncia que no perdona,
esa sonrisa burlona
dice que nos quiere mal.
¡En estos ojos leí.
No es buena. ¡Dudas no abrigo!
Me hablaban de un enemigo
hace poco. ¡Ya está aquí!
Un enemigo cruel
y á él mi padre nos confía.
¡Dame fuerzas, madre mía,
para defenderme de él! (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

ROSARIO.

¡Qué noche! No acabará.
Apaguemos el quinqué,
á ver si hay luz... Ya se vé.
¡Por fin!... ¡Amanece ya!
¡Cuántas horas de tristeza!
Qué de cosas he pensado.
Qué de planes he forjado.
¡En esta pobre cabeza,
qué ideas en confusión,
qué laberinto, Dios mío!
¡Qué cansancio! Tengo frío,
sueño, desesperación.
Tras larga noche sombría
de insomnio, cuando amanece,
¡qué pálida nos parece,
qué triste la luz del día!
Sólo me queda una idea
tras tanto y tanto pensar,
que no es posible evitar
lo que no quiero que sea,

que es tarde, y en conclusión,
que esto no tendrá buen fin
Me hace falta don Martín,
y sus consejos. Ramón.

ESCENA II.

ROSARIO y RAMÓN por el fondo.

ROS. ¡Ramón!
RAMON. Voy. (Desde dentro.)
ROS. ¡Ramón!
RAMON. (Adormilado.) Señora ..
ROS. Estás dormido ó despierto.
RAMON. No sé si estoy vivo ó muerto.
ROS. Oye bien. Dentro de una hora
vas á casa del notario
don Martín.
RAMON. Perfectamente.
ROS. Dile que venga.
RAMON. Corriente.
ROS. Hoy mismo, que es necesario
que hablemos. ¿Lo vas á hacer?
RAMON. Mas ¿tan pronto he de avisar?
ROS. Se levanta á trabajar
él siempre al amanecer.
RAMON. ¿Tan temprano?
ROS. Con la aurora,
y en todo el día no para.
RAMON. (¡Señor! ¡Quién se levantara
á trabajar á esa hora!)
ROS. No cometas un error.
RAMON. No, señora: iré enseguida.
(¡Qué casa tan divertida
la casa de este señor!)

ESCENA III.

ROSARIO.

Discutiremos los dos
y algo se le ocurrirá.

¿Han llamado? ¿Si será
mi hermana? ¡Quiéralo Dios!

ESCENA VI.

ROSARIO y D. JUAN.

JUAN. Es puntual este criado.
ROS. (¡Mi padre!)
JUAN. ¡Tú aquí, hija mía!
¿Te levantas con el día?
ROS. No, papá, no me he acostado.
JUAN. ¿Ocurre algo en casa?
ROS. Nada.
JUAN. Me has asustado, mujer.
Que no lo vuelvas á hacer.
¡Una niña delicada!
Que no vuelva á sucederte.
¡En este cuarto tan frío!
ROS. ¡Perdóname, papá mío,
más no pienso obedecerte!
Desde hoy será lo ordinario.
JUAN. ¿No me vas á obedecer?
ROS. No, desde hoy lo pienso hacer
todas las noches.
JUAN. ¡Rosario!
¡Estás loca!
ROS. No lo estoy.
Sé muy bien lo que te digo.
He sido, padre, contigo
muy ingrata! Desde hoy
nueva vida. Descuidada,
sin saber qué era de tí
durmiendo. Qué mala fuí
contigo y qué descastada!
Mi conducta con pesar
y con asombro contemplo:
mi madre me dió otro ejemplo
que no he debido olvidar.
Aquella es mi norma, aquella:
sí, desde hoy la imitaré
y desde hoy te esperaré

como te esperaba ella,
trabajando en su sofá,
cerca de su costurero,
y mi saludo primero
serán mis brazos, papá,
y con alegría loca
te estrujaré contra el pecho,
y nunca me iré á mi lecho
sin un beso de tu boca.
Como ella. Pues ya que Dios
se la ha llevado á otra parte,
mi obligación es cuidarte
y quererte por las dos!

JUAN. La mía quererte más
que á todos!

ROS. Es un pecado
la injusticia.

JUAN. ¡Si á tu lado
valen poco los demás!

ROS. Vaya, á que te gusta, dí,
al venir tarde, encontrarme.

JUAN. No podría perdonarme
hacerte velar así.

ROS. Qué pena tan verdadera
al volver á tu morada,
hallarla oscura, cerrada,
decir, ninguno me espera!
¿no es verdad? La luz del Puerto
dice al navegante: aquí
estamos pensando en ti.
Tras un balcón entreabierto,
en negra noche, también
la lucecita que arde
dice al que llega muy tarde:
aquí te queremos, ven!

JUAN. ¡Mi Rosario!

ROS. ¡Padre mío!

JUAN. ¿Mi hija me quiere?

ROS. Te adora.
Hemos vivido hasta ahora
todos con mucho desvío.
Mis hermanos son aquí

huéspedes: te han olvidado.
Tú de las dos alejado,
nosotras siempre sin tí.
Así poco á poco el frío
nos invade el corazón.
Yo seré el lazo de unión
entre todos. Yo confío
en triunfar, si Dios me auxilia:
vengamos todos á tí,
estrechémonos, así
seremos una familia.
Tú el orden, la autoridad,
yo el cariño, yo el cuidado,
y todos siempre á tu lado.
¿Ya qué nos falta? ¿verdad?
Nada, ni nadie, si aquí
nadie hace falta.

JUAN. ¡Dios mío!

ROS. (¡Qué turbado!) ¿Desvarío
ó te hablo en razón?

JUAN. Sí... sí...
Pero tú sin descansar,
es muy tarde.

ROS. No podré
dormir; pero me echaré.
Ya volveremos á hablar
de esto, aunque á tí no te cuadre,

JUAN. ¿Por qué?

ROS. Tenemos los dos
que hablar mucho.

JUAN. Bueno, adios.

ROS. ¡Sin un beso! ¡Vaya un padre!

JUAN. ¡En tu frente angelical!

ROS. ¡Qué dicha!

JUAN. (Es un serafin.)

ROS. (Vaya, señor don Martin,
que no me he portado mal!)
(Sale por la primera de la derecha.)

ESCENA V.

D. JUAN.

Esperarme es un pretexto
para hablarme á solas. Salta
á la vista. ¿Qué nos falta?
Me dice: ¡Nadie! ¿Qué es esto?
Habrá llegado á saber
y empieza á oponerse ya.
¡Oh! sí. La lucha vendrá.
La presiento; más ¿qué hacer?
La adoro y ha de ser mía,
y si se oponen, peor.
Entre su amor y mi amor
mis hijos. Bien me decía.
(Sale por la derecha.)

ESCENA VI.

LUIS por el fondo.

Son las ocho en mi reló.
Eh, que horitas de volver
á casa. Vamos á ver.
¿Soy yo un calavera, ó no?
¡En un invierno tan frío,
estar á las ocho fuera!
¡Que cabeza tan ligera
te ha dado Dios, hijo mío!
¡Vengo de un baile! Y no fuí
solo. Fuí con la Rufina,
con la doncella divina
de casa. Yo soy así.
Yo propuse y aceptó
al punto. ¡Pobre mujer,
se rindió! Vamos á ver.
¿Soy yo un calavera, ó no?
¡Uf! ¡Qué calor, cuanta gente!
Con qué furia hemos bailado.
En un vals desenfrenado,
dió un tropezón de repente,

y á medir fué el suelo duro
con su cuerpo el alma mía.
¿No dije yo que caía?
¿Estaría yo seguro? (Tose con violencia.)
¡Qué malo vuelvo, Dios mío!
En ser un bribón me empeño,
mas ¡qué cansancio, qué sueño,
qué aburrimiento, qué frío
y qué opresión en el pecho,
y qué reventado estoy!
¡En fin, qué diablo, que soy
un calavera deshecho!

ESCENA VII.

LUIS y ENRIQUE por el fondo.

LUIS. Enrique, ¿tú por aquí?
ENR. Yo, Luis.
LUIS. Chico, estás muy pálido.
Tienes que desengañarte,
vas contando algunos años
y la vida que tú llevas
es buena para un muchacho
como yo, no para tí.
ENR. Sí, ya te he visto del brazo
con una prójima.
LUIS. Vaya.
¡Y qué prójima! ¡Un encanto
de mujer! ¡Una hermosura!
ENR. ¿Casada?
LUIS. Pues está claro.
¡Y de una familia!
ENR. Digo.
¿Y el marido?
LUIS. Un empleado
en Cuba.
ENR. Pues si lo sabe,
y vuelve á pasar el charco.
LUIS. Si no lo mata allí el vómito,
en cuanto venga lo mato
yo.

ENR. ¡Tú! (Se ríen y rompen á toser á un tiempo.)
LUIS. Pero ¿qué tienes?
ENR. Nada.
LUIS. ¿Cómo tan temprano?
¿Dos días seguidos tú
en esta casa? ¿Estás malo?
ENR. No estoy malo, pero estoy
aburrido, contrariado.
Me ha sucedido esta noche
en el baile un lance extraño.
LUIS. ¿Se puede saber?
ENR. No es nada;
pero á mí me ha preocupado.
No sé qué presentimiento.
LUIS. ¿Qué es ello? ¿Quieres contármelo?
ENR. Voy á ese baile esta noche
de mal humor. Solitario
doy unas vueltas. Me dan
una porción de bromazos
de mal gusto unas mujeres
vestidas de mamarracho;
más de repente, una máscara
con un dominó de raso
azúl se aproxima á mí
y se cuelga de mi brazo.
Adios, me dice, marqués.
LUIS. ¿Marqués á tí?
ENR. Doy un salto
de sorpresa. Á una mujer
tan solo, en tiempos pasados,
la dige que era marqués,
una á quien buscaba en vano.
LUIS. ¡Ah, si, ya recuerdo, á aquella
que á tí te gustaba tanto,
que ya rendida te amaba
y que un día por ensalmo
desapareció. ¿Y era ella?
ENR. Era la doncella.
LUIS. ¡Ah, vamos!
ENR. ¡Por fin! Exclamo contento.
Me apodero de su mano.
¡Eres Pura! No lo niegues.

Esa voz te ha delatado.
Ella se asusta y lo niega.
No soy Pura, no te engaño.
¡Yo no soy Pura!

LUIS. Cuando ella
lo afirmaba.

ENR. No hago caso,
la estrecho, y al fin confiesa;
pero me dice temblando
déjeme usted. No te dejo
aunque te empeñes, exclamo.
Estás al fin en mi poder.
Llevo cerca de dos años
tras de las dos medio loco,
te encontré por un milagro
y no sales hoy de aquí,
Purita, ni hecha pedazos
sin decirme dónde vive
tu señora.—Será en vano
que pregunte: no hablaré.—
Vas á llevarla un recado.
Ella me suplica, y yo.—
Nada, damos un escándalo.
—Me va usté á comprometer.
—Es inútil. Sales, salgo.
Te quedas, me quedo. Vas,
voy detrás. Es excusado
que te niegues. Tú has de ir
á tu casa, iremos ambos.
—Me pierde usted.—Ten piedad
de mí. ¿No ves que la amo?
—Señor marqués, dice al fin.
¿Quiere usted que hablemos claro?
Desista usted. No se canse
en dar inútiles pasos.
De nada sirve su audacia.
Aquella no es casa, es claustro.
Si va usted, no entrará usted.
Si penetra por asalto
le echarán.—Bravo, la digo,
¿es tan fiero el nuevo amo?
Tanto puede el que ahora priva.

Y la chica suspirando
con mucha gracia me dice:
Es que pensamos en algo
muy sério. Guárdeme usted
el secreto. ¡Nos casamos!
¡Se casa Enriqueta! ¡grito!
¡Enriqueta! Suelto el trapo
á reir y nos reimos
los dos tres minutos largos.
Muerto de risa pregunto.
¿Y quién es el insensato,
el cándido, el infeliz
á quien habeis engañado?
—¡Engañar! Si somos santas,
dice la chica. Llevamos
hace tiempo una existencia
peor que los presidiarios.
Desesperada esta noche
me escapé. Va para un año
que no ha salido de casa,
siempre ocupada en trabajos
domésticos, ni se pinta,
ni se adorna, lleva un sayo
mal hecho, y siempre que entra
nos ve rezando el rosario.
Como se prolongue más
esta vida, reventamos.
Está ya la señorita
que no puede. Y ese zángano
no se llega á decidir.
—¿Es un buen negocio?—Bárbaro.
Aunque tiene hijos, es hombre
muchas veces millonario.
Y si se casa, veremos
quién se llevará los cuartos.
Se aproximaron en esto
dos amigos antipáticos,
y el uno me abraza y dice:
Enriquillo, ¿cómo estamos?
Y el otro dice inclinándose:
señor Carvajal y Calvo,
y ella da un grito y escapa

como alma que lleva el diablo.

LUIS. Temió que la conocieran,
ó el momento aprovechando,
huyó.

ENR. Mas ¿por qué mi nombre
la produjo efecto mágico?

LUIS. Tu nombre, ó ver á los otros,
que es lo más probable.

ENR. El caso
es que la he vuelto á perder.
¡Estoy más desesperado!

LUIS. ¿Te vas?

ENR. Sí.

LUIS. ¿Dónde?

ENR. No sé.

LUIS. Vaya, adios, hasta el verano.

(Sale Enrique por la segunda de la izquierda.)

ESCENA VIII.

LUIS y D. MARTÍN por el fondo.

MARTIN. Buenos dias.

LUIS. Don Martín,
usted por aquí! ¿Qué es esto?
¿Cómo tan temprano?

MARTIN. No es
temprano ni mucho menos.
En mi estudio estuve ya
un par de horas escribiendo.
Yo con el sol me levanto,
y yo con el sol me acuesto.

LUIS. Vamos, como las gallinas.

MARTIN. No, como los hombres sérios
que trabajan. Es el día
muy hermoso, el sol muy bello,
y las horas son muy largas,
y el trabajo de provecho,
y el madrugar es muy sano
para el alma y para el cuerpo.
La noche es para los vagos,
los pillos y los serenos.

LUIS. Pues yo acabo de venir

hace un instante.

MARTIN. Bien hecho.

LUIS. ¡Hoy ya me he lanzado!

MARTIN. ¿Dónde?

LUIS. ¡Hasta hoy he sido yo un memo,
un infeliz, veinte años
perdidos! ¡Cómo lo siento!
Ni he tenido una cuestión,
ni he perdido un real al juego,
ni he hecho una mala conquista.

MARTIN. ¡Hombre, qué me estás diciendo!

LUIS. ¡Hoy me he lanzado!

MARTIN. Otra vez.

LUIS. ¡Me fuí al baile!

MARTIN. Pues eso
ya es algo.

LUIS. Con la criada.

MARTIN. Así se empieza. (¡Éste es memo!)

LUIS. Bailamos mucho. Después
cenamos.

MARTIN. Muy buen provecho.

LUIS. En cuanto llegó el champagne
me alegré un poco.

MARTIN. Me alegro
muchísimo.

LUIS. ¡Á un señorito
le dí dos palos en medio
de la cabeza!

MARTIN. ¡Qué escándalo!

LUIS. ¡Hoy ha habido más jaleos,
más riñas, qué noche!

MARTIN. ¿Y ella?

LUIS. La perdí.

MARTIN. ¡Qué contratiempo!

LUIS. He prometido ponerla
casa. Cuando yo prometo
firma el rey. La pongo casa.
Si no quiere. Se lo ofrezco
á otra. Yo le pongo casa
á alguien.

MARTIN. ¿Sí?

LUIS. No hay más remedio.

MARTIN. Tú estás decidido.
LUIS. Vaya.
Le pongo casa.
MARTIN. Pues bueno,
mira, ponle casa á un padre
de familia que esté enfermo
y cesante.
LUIS. ¡Don Martín!
MARTIN. Vaya, no perdamos tiempo.
¿Y Rosarito?
LUIS. No sé
si está levantada.
MARTIN. Creo
que sí. Vamos. Ve tú
delante de mensajero.
(Salen por la primera derecha.)

ESCENA IX.

D. PÍO é ISABEL por el fondo.

PIO. Aguarda. Espera un instante.
Voy á esplorar el terreno.
No hay nadie. Puedes pasar.
ISABEL. Pero ¿por qué tienes miedo?
PIO. Por tu padre.
ISABEL. ¡Bah!
PIO. Si sabe
que sin su consentimiento
te llevé al baile, me mata,
y con razón.
ISABEL. Por supuesto.
¡Por ir á un baile de máscaras!
Padrino, no seas memo.
Pues si es una diversión
inocente.
PIO. Ya lo creo.
Y hasta moral.
ISABEL. ¡Ay! ¡qué noche!
Al de Piñata volvemos.
¡Lo que yo me he divertido!
¡Qué bromas y qué jaleos!

Y mi padrino bailando
conmigo.

PIO. ¿Qué tal? ¿Soy viejo
ó soy joven? ¿Qué tal bailo?

ISABEL. ¡Ay! francamente. No quiero
adularte. Lo haces mal,
muy remal.

PIO. Eso no es cierto.
Bailo tan bien como tú;
pero me falta el aliento.

ISABEL. En la habanera no digo;
pero en el vals de tres tiempos,
imposible.

PIO. En el de tres,
es verdad. Yo sólo puedo
á estas alturas, bailar
solo el de uno, el de mi tiempo.

ISABEL. ¡Qué bonita polka aquella! (Tararea.)

PIO. ¡Cállate, que están durmiendo!
Calla, que te van á oir.

JUAN. (Entrando.) Pero ¿quién canta? ¿qué es esto?

ESCENA X.

DICHOS y D. JUAN.

ISABEL. (¡Ay, mi papá!)

PIO. (¡Nos pilló!)

JUAN. ¿Pero qué es esto?

ISABEL. Ten calma.

PIO. (¡Ay, Dios mío de mi alma!)

JUAN. Tú, Isabel, de dominó.
Pero ¿dónde vas así?
Á estas horas... No adivino...

ISABEL. Pues me ha llevado el padrino
á un baile.

JUAN. ¡El padrino á tí!
Esto ya de raya pasa.
¿Cómo sin permiso mío?
¿Qué es esto, señor don Pío,
no soy nadie en esta casa?

ISABEL. No le riñas.

PIO. Isabel

se ha empeñado y lo ha querido.

ISABEL. Y el pobre me ha obedecido.
¿No ves que yo mando en él?

JUAN. Pero ¿te parece á tí
que un baile desenfrenado
es espectáculo honrado
para una niña?

ISABEL. Eso sí.
¡El espectáculo es
encantador! ¡Qué salón
tan rico! ¡Qué profusión
de luces. ¡Desde las tres.
¡Cuánta animación, Dios mío!
¡Qué charlar! ¡Qué desenfado!
¡Qué alegría! Si ha bailado
el padríno.

JUAN. ¡Pero, Pío!

PIO. Hombre, no me desazones
y más quejas no me dés.
Cada cual es como es
y tiene sus aficiones.

ISABEL. ¡Ay! papá, lo que he charlado,
y lo que me he divertido,
y lo que yo me he reído!
¡Al padrino le han pegado!

JUAN. ¡Le han pegado!

ISABEL. ¡Qué belén
tan atroz! Pobre padrino.

JUAN. ¡Y quién!

ISABEL. Un sietemesino
que no veía muy bien.
De recordarlo aun me río.
El pobre hombre se caía.
¿Qué me has dicho que tenía?
¡Ah! ¡una curda!

JUAN. ¡Pero Pío!

PIO. Hombre, si se llama así.

JUAN. Pues para una señorita,
es palabra muy bonita.

ISABEL. Esta noche la aprendí.
Con nosotros la tomó,
y se colocó á mi lado.

¡Pues, mira, era muy salado
el maldito! ¡Se empeñó
en que me fuera con él,
y de un brazo me agarraba
y mi tío me tiraba
del otro!

JUAN. Pero ¡Isabel!

ISABEL. Levanta el otro la mano
y le apabulla el sombrero.
Se agarran los dos. Yo quiero
separarlos; pero en vano.
Se arma una gran confusión.
Me lleva en vilo la gente,
y me encuentro de repente
sola en medio del salón.

JUAN. ¡Sola!

PIO. No fué culpa mía.

JUAN. ¡Mira, no me cuentes más!

ISABEL. Y al verme sola, detrás
una de gallos venía.

JUAN. ¿Qué te han dicho esos señores?
de fijo algún imprudente.

ISABEL. No, que era muy buena gente.
Todos me han echado flores.
Me han llamada mona y lista,
y todos con buenos modos,
y convidándome todos
á cenar.

JUAN. ¡Dios nos asista!
¿Pero tú?

ISABEL. Seguí el bromazo
y estuvimos de palique.
Se acercaron Luis y Enrique,
y Luis me ofreció su brazo.

JUAN. ¿Pero estaba Luis allí?

ISABEL. Cuando entrábamos, entró
con una de dominó
á quien yo reconocí.
Iban más tiernos los dos;
más luego le dejó ella.

JUAN. ¿Y quién era?

ISABEL. Mi doncella.

JUAN. ¡Rufina! Válgame Dios.
ISABEL. Nos paseamos de bracero.
Le hablé, no me conocía.
Qué gracia, papá. ¡Me hacia
el amor con un salero!
Qué derretido conmigo,
qué dulce, qué entusiasmado
y qué galante! Empeñado
en ponerme casa.
JUAN. Digo.
ISABEL. ¡Casa á mí! Yo le decía:
pero si la tengo ya.
Y él contestó: no será
tan buena como la mía.
Yo fingiéndome apurada
separarme de él intento.
Soy casada. ¡Qué contento
al saber que era casada!
Se puso á disparatar,
de esto vengo á suponer
que en un baile una mujer
casada es lo que hay que hallar!
JUAN. ¡Vamos, basta! ¡Se acabó
mi paciencia! ¿Quién creería?
¿Qué haces así todavía?
¡Quítate ese dominó!
PIO. Isabel, que se enfurece.
ISABEL. Yo, papá...
JUAN. ¿Qué es esto? Á ver.
Á callar, á obedecer.
PIO. Quítatele y obedece.
(Isabel se quita el dominó.)
Tuvo un capricho, y me halló
á mí tan propicio y tan...
Yo tengo la culpa, Juan.
JUAN. No, Pio, la tengo yo.
Yo, Pio, que abandonada
mi pobre casa dejé.
Yo, sí, que no me cuidé
de mis hijos, ni de nada.
Desde hoy no vivo tranquilo.
No puedo seguir así.

(Hace mucha falta aquí
Enriqueta. No vacilo.
La llama mi corazón,
mi interés, la conveniencia
de todos. Pues con urgencia
resolvamos la cuestión.)

ESCENA XI.

DICHOS, ROSARIO, D. MARTÍN y LUIS.

MARTIN. Don Juan.
JUAN. Usted.
MARTIN. Sí, señor.
JUAN. ¡Tan temprano! ¿Qué motivo?
MARTIN. Ninguno. Si es que yo vivo
en esta casa.
JUAN. Mejor.
Le necesito á usted hoy,
y marcharse no le dejo.
Voy á celebrar consejo
de familia.
MARTIN. Yo no soy
de la suya á mi pesar.
JUAN. Hoy por hoy, busco en usté
al notario que dé fé
de lo que aquí va á pasar.
MARTIN. Pues eso entra ya de lleno
en mi cargo, y aquí estoy.
ROS. ¿Qué es esto, don Martín?
MARTIN. Voy
creyendo que nada bueno.
JUAN. Un gran momento elegí.
Todos reunidos están,
Luis... Rosario... Isabel.
PIO. Juan,
falta, Enrique.
ENR. (Por la izquierda ,segundo término.)
Estoy aquí.

ESCENA XII.

DICHOS y ENRIQUE.

LUIS. ¡Otra vez, tú! (Bajo.)
ENR. (Id.) ¿Por qué no?
¿Me llamaban?
LUIS. Nos va á hablar
nuestro padre.
ENR. (Bajo.) Va á tratar
de algo grave.
LUIS. Qué sé yo.
ENR. Un sermón.
LUIS. Es consiguiente.
ENR. (¿Pero por qué habrá corrido
al escuchar mi apellido?)
JUAN. Sentarse todos.
PIO. Corriente.
MARTIN. (Esto nos da el gran disgusto.
Nos dice que nos sentemos;
así cuando le escuchemos
no nos caeremos del susto.)
(Se sientan. Á la izquierda Pío é Isabel y Don Juan. Por la derecha D. Martín, Rosario. Centro, Enrique y Luis.)
JUAN. Puesto que estamos reunidos,
aprovecho la ocasión
de dar una explicación
á todos, hijos queridos.
Teneis derecho á saber
lo que yo voy á decir;
pero no vengo á pedir
vénia, que no he menester.
Como soy hombre formal
que no piensa á la ligera,
en un asunto cualquiera
le pongo el punto final
cuando me decido un día,
es decir, en conclusión,
que es una resolución
irrevocable la mía.

Si voy á ser inflexible,
lo soy por vuestro interés.
Esto no es casa, esto es
un desórden imposible,
Remediarlo es oportuno;
más para el caso no valgo.
Luego, aquí, nos falta algo
contra lo que piensa alguno.
Acaben los desvaríos
y el orden vuelva á reinar
en mi casa. Os voy á dar
pronto una madre, hijos míos.

ENR. (¡Una madre! ¿Quién creería?)
LUIS. (¡Se casa!)
ISABEL. (Bajo á Pío.) ¿Qué es lo que pasa?
PIO. Pues que tu padre se casa.
ROS. ¡Al fin!
MARTIN. (Bajo.) ¡Valor, hija mía!
ISABEL. ¿Y con quién? (Bajo á Pío.)
PIO. Y yo qué sé.
ISABEL. ¡Casarse! ¡Yo no tolero (Furiosa.)
que se case! Yo no quiero.
¡Pues me gusta!
PIO. (Bajo.) Cállate.
ISABEL. ¡No quiero, no quiero!
PIO. ¡Dale!
JUAN. ¿Qué decís? (Dirigiéndose á todos.)
PIO. (¡Cosas del mundo!)
JUAN. Ya lo sabeis
(Pausa. Silencio.) ¡Que profundo
silencio! (Á D. Martín.)
MARTIN. Mejor. Más vale
silencio, que malos modos.
JUAN. Mas ¿qué es esto?
MARTIN. Yo sospecho.
JUAN. ¿Qué?
MARTIN. Nada, que les ha hecho
muchísima gracia á todos.
JUAN. ¿Nada me quereis decir? (Alto.)
ISABEL. ¿Hablo yo? (Á Pío.)
PIO. ¡No, por favor!
JUAN. Tú, Enrique, el hijo mayor,

habla, que te quiero oir.

ENR. Padre: me vas á poner
en dificil situación.
Me pides una opinión
que yo no puedo tener.
Nos dices: esto he pensado,
esto quiero, esto será.
Es irrevocable ya,
decidido y acordado.
Debeis saberlo también,
pues sois mis hijos vosotros.
Qué me respondeis? Nosotros
contestamos: está bien.
Es cuanto puedo decir
en nombre de todos yo.
Los actos de un padre no
los podemos discutir.
¿Quieres más? Más todavía
es pedir mucho en conciencia.
Pide respeto, obediencia:
no nos pidas alegría!
¡Solo me resta objetar
con tranquilo y mesurado
tono, que has equivocado
los términos al hablar;
pues debiste decir, padre,
y es diferencia preciosa,
voy á tomar una esposa,
no *os voy á dar una madre*.
Tuvimos una ejemplar,
madres no puede haber dos.
Una madre la dá Dios
y nadie la vuelve á dar!

JUAN. Con profunda admiración
y con asombro te escucho,
hijo mío. Aunque hablas mucho
de respeto y sumisión,
de tu pensamiento ví
en el fondo una protesta,
y tu voz me manifiesta
que te vuelves contra mí.
¡Miren qué tono severo

y qué grave se ha mostrado
el joven atolondrado,
el calavera ligero!

ENR. Es verdad: soy un perdido;
mas de buena condición.
Aquí tengo un corazón:
él hablaba, yo no he sido.
Pero en mí nunca te asombre
tal cambio, mudanza tanta.
Al hablar de aquella santa
me convierto en otro hombre,
y concluye el calavera
y principia el hombre cuerdo,
porque sólo su recuerdo
purifica y regenera.
No me vuelvo contra tí,
no protesto, es un error.
¿Llamas protesta al dolor?
Entonces protesto, ¡sí!
Con mi corazón batallo,
porque rebelde le encuentro.
Él protesta aquí por dentro,
¡pero yo, padre, me callo!

JUAN. ¡Enrique! (Irritado.)

MARTIN. En suma, don Juan,
yo aquí, el notario de usté
que ha de dar fé, yo doy fé
de que sumisos están.
Ni le hablan con arrebato,
ni de rebelarse tratan.
Todos en silencio acatan.

ISABEL. (Yo no acato, yo no acato!)

PIO. (¡Que van á echarte de aquí!)

ISABEL. (Yo no quiero obedecer.)

MARTIN. Solo nos falta saber
quién es ella.

JUAN. Es cierto, sí.
Una mujer bondadosa
que hará dulce vuestra vida,
elegante y distinguida,
pero modesta y virtuosa.
El tipo de la mujer

limpia, arreglada, casera.
Será, aunque Enrique no quiera
vuestra madre, lo ha de ser.
Yo la conozco, estoy fijo.

ENR. ¿Y cuál es su nombre?

LUIS. ¿Cuál!

JUAN. Enriqueta Sandoval

ENR. ¡Sandoval!

JUAN. Viuda de Urquijo.

ENR. ¡Enriqueta! ¡Ella!

MARTIN. (Asombrado.) ¡María
Santísima!

ENR. ¡Ella!

ROS. ¡Qué!

MARTIN. ¡Jesús, María y José! (Persignándose.)

LUIS. ¿Qué tienes? (Á Enrique.)

ENR. ¡Malvada, impía!

ROS. ¿Quién es? (Á Martin.)

MARTIN. (Estupefacto.) En nombre del Padre
y del Hijo y del...

JUAN. ¡Qué bella
y qué simpática!

ENR. (Levantándose.) ¡Ella
en el lugar de mi madre!
No, jamás!)

MARTIN. ¡Enrique, calma!

ENR. ¡Ah! ¡padre mío!

JUAN. ¿Qué es esto?

ENR. ¿Qué es esto? ¡Que ahora protesto,
pero con toda mi alma!

LUIS. ¡Cómo!

ENR. Sí, padre querido.
Un crímen fuera callarme.
Te lo confieso: ¡al hablarme
de otra madre me has herido!
¡La más santa, la mejor
profanaba su lugar!
Triste, más sin protestar
te ocultaba mi dolor
creyendo... Yo estoy demente,
es que sueño, no te he oído
bien... ¡Esa mujer que ha sido

escándalo de la gente!
¡No esperes que rectifique!

JUAN. ¡Qué dices! ¡Qué es lo que oí!

ENR. ¡Una aventurera, sí!

JUAN. ¡Es falso!

ENR. ¡Es verdad!

JUAN. Enrique.

MARTIN. ¡Señores!

JUAN. ¡Calla!

ENR. ¡Es lo menos
que de ella puedo decir!

JUAN. ¡Basta, no puedes seguir!

ENR. Sí, padre, no somos buenos.
El peor de todos yo;
pero arrepentido estoy
y ellos también. Desde hoy
el desorden se acabó.
Manda. Otra vida comienza.
¡Castiga nuestros deslices;
pero no nos moralices
trayéndonos la vergüenza!

JUAN. ¡Basta!

ROS. (¡Qué horror!)

JUAN. ¡De ira estallo!
¡Tú ofenderla!

MARTIN. (¡Qué batalla,
Dios mío!)

JUAN. ¡Calla!

ENR. No.

JUAN. ¡Calla!

ENR. ¡Es inútil: si no callo!

MARTIN. (¿Dónde vamos á parar?)

JUAN. Siempre rebelde y traidor!

ENR. ¡Si se trata de tu honor
y no es posible callar!
Mírame y óyeme en calma.
Sin iras y sin enojos.
¡Este llanto de mis ojos
brota del fondo de mi alma!
Es un hijo que te quiere,
y te respeta y te adora.
¡Con más dolor no se llora

por un padre cuando muere!
Te engañan, te engañan, si.
¡Tengo certeza, evidencia!
¡Esa mujer sin conciencia
se está burlando de tí!
¡Del mundo infame y odioso
el ludibrio vas á ser,
la burla, vas á correr
un ridículo espantoso!
¿De tus hijas qué será
de esa pecadora el lado?
¡Padre mío! ¡No has pensado
en tus hijas!

JUAN. ¡Basta ya!
Como sufro tu insolencia
no comprendo.

ENR. ¡Estás perdido!

JUAN. Oyéme: ¡que yo te he oído
con muchísima paciencia!
Hablar de Enriqueta en mengua,
airado, torpe y violento,
á nadie se lo consiento...
porque le arranco la lengua!
¡Quien la acusa es impostor!
¡El que la ataca imprudente,
es un villano que miente!

MARTIN. (¡Está loco este señor!)

JUAN. Aunque bien claro os he hablado
lo entendiste de otro modo:
he dicho que estaba todo
decidido y acordado.
Esta disputa acabó.
¡Yo no he de volverme atrás!
Será mi esposa.

ENR. ¡Quizás!

JUAN. ¡Será tu madre!

ENR. ¡Eso no!
¡Estás, padre, en tu derecho;
pero si al fin ha de ser,
tus hijos y esa mujer
no dormirán bajo un techo!

JUAN. Mis hijos... Habla por tí.

ENR. Pues por mí. Si ella atropella
nuestra honra. ¡Cuando entre ella
Enrique saldrá de aquí!
¡No sufriré su cinismo
y su insolencia cobarde!
JUAN. ¡Entonces será muy tarde!
ENR. ¡Pues ahora mismo!
JUAN. ¡Ahora mismo!
ENR. ¡Abre un abismo desde hoy
esa infame entre los dos!
¡Adios, padre mio! (Conmovido.)
JUAN. ¡Adios!
ENR. ¡Y tú, Luis!
LUIS. ¡Contigo voy!
(Salen Enrique y Luis.)

ESCENA XIII.

ROSARIO, ISABEL, D. MARTÍN, D. JUAN y D. PIO.

ISABEL. Yo también me voy. (Á Pio.)
PIO. (Bajo.) ¡Mujer!
¡Cállate!
ISABEL. (Á Pio.) Me voy ahora.
Yo en poder de esa señora
tan mala. ¡No puede ser!
PIO. ¡Isabel! (Bajo.)
ISABEL. Mil veces no.
¡Me mata á la primer riña!
¡Tengo miedo!
PIO. Calla, niña.
¡Deja que lo arregle yo!
Juan. (Alto.)
JUAN. Pio, ¿qué quieres?
PIO. Nada. (Asustado.)
Es decir. Me ha escrito ayer
mi hermana. Quiere tener
en casa una temporada
á Isabelita.
JUAN. Por mí.
Si á tu cuidado no está.

PIO. En su quinta vivirá.
JUAN. Si Isabel quiere...
ISABEL. (Con viveza.) Yo sí.
Ahora mismo.
JUAN. Pues ahora.
ISABEL. Ven. No perdamos instantes.
Haré mi equipaje antes
de que venga esa señora!
(Salen por la puerta de la derecha, primer término.)

ESCENA XIV.

ROSARIO, D. JUAN y D. MARTÍN.

JUAN. (¡Sin besarme se marchó
y hasta con cara de risa!
Y Luis... ¡Y Enrique! ¡Qué prisa!)
Y tú, ¿no te vas?
ROS. Yo no.
JUAN. ¡Rosario! (Conmovido.)
MARTIN. (¡Noble criatura!)
JUAN. ¿Te quedas aquí, á mi abrigo,
para protestar conmigo
de lo que el mundo murmura!
El mundo infame y malvado
empeñado en calumniarla.
¿Te quedas para llamarla
á mi casa, y á mi lado
recibirla; ¿no es así?
ROS. No, padre. ¿Por qué engañarte?
Me quedo, ¡para salvarte!
MARTIN. ¡Bien dicho!
JUAN. ¡Salvarme!
ROS. Sí.
MARTIN. (¡Tiene muchísimos bríos!)
JUAN. ¡Tú no me abandonas! ¡Ten
mis brazos! (Se lanza en los brazos de su padre).
MARTIN. ¡Aprieta bien!
Y luego... ¡Ven á los míos! (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

ROSARIO y RAMÓN con un ramo de flores.

RAMON. Señorita...
ROS. ¡No me escribe
esa Isabel!
RAMON. Señorita.
ROS. ¿Qué deseas?
RAMON. Este ramo.
ROS. ¡Ay! ¡qué flores tan divinas!
RAMON. Le ha traído una muchacha.
ROS. ¿No te ha dicho quién la envía?
RAMON. La señorita Enriqueta.
ROS. (¡Enriqueta!)
RAMON. Que lo admita
usted cual prueba de afecto
hacia su futura hija.
ROS. (¡Su hija yo!)
RAMON. (¡Qué cara ha puesto!)
ROS. (Valor.) ¿Esta todavía
esa muchacha?
RAMON. Sí, espera
alguna respuesta.

ROS. Dila
que muchas gracias.
RAMON. Muy bien.
ROS. Que agradezco la misiva
y el regalo.
RAMON. ¡Ah! me olvidaba.
Ha añadido que vendría
á verla en persona.
ROS. (¡Á verme!)
RAMON. Mañana. No está tranquila
hasta conocerla.
ROS. Bien.
Vete.
RAMON. (¡La chica es muy linda!) (Sale.)
ROS. ¡Va á venir! Es el momento
terrible que yo temía.

ESCENA II.

ROSARIO, ISABEL y D. PÍO por el fondo.

ISABEL. ¡Rosario!
ROS. ¡Isabel de mi alma! (Se abrazan.)
ISABEL. Aprieta más todavía,
hasta que falte el aliento
y se quejen las costillas.
ROS. Quince días no te he visto
y te hallo desconocida.
Mejor color y más gruesa,
y los ojos que te brillan
de un modo. Estás muy reguapa.
ISABEL. ¡La vida del campo, chica!
¡Y eso que pensando en tí,
en mi padre, en esa indigna
mujer, pasé unas rabietas!
Qué rabietas ¡como mías!
Pero, en fin, me desahogaba
gastando mucha saliva,
dando cachetes al tío.
PIO. ¡Qué demonio de chiquilla!
En fin: ya estamos aquí.
La sangre nos tienes frita

con tus cartas. ¿Qué deseas?
¿Qué pretendes?

ROS. Que esta niña
esté donde debe estar.

PIO. ¿Y dónde?

ROS. Donde las hijas,
si no al lado de su padre,
bajo su amparo y su egida.

PIO. Cuando los padres son padres
es tu observación legítima,
no cuando un padre está loco,
y se pone de rodillas
ante una mujer infame,
¡y trae una advenediza
á su casa, que deshonra
el hogar de la familia!

ISABEL. Mi tío tiene razón.
Aprendí mucho estos días.
Allí en el campo, allí, lejos
del mundo, cuando se mira
lo que es el mundo, se vé
como antes no se veía
el mundo. Y en este mundo
hay horribles injusticias,
Rosario Si una muchacha
sale un poco atrevidilla,
un poco loca, los padres
con horrible tiranía
la encierran en un convento
para el resto de su vida.
Pues ¿por qué no han de fundar,
para los padres que olvidan
sus más sagrados deberes
conventos de monjas?

PIO. Chica.

ISABEL. Bueno, conventos de frailes.
Allí una temporadita
á pan y agua. Es un remedio
soberbio. Á mí me tenían
en el colegio encerrada,
por no saber la doctrina,
ó no acabar la tarea,

ó pegar á alguna amiga,
á pan y agua un día entero
y del encierro salía
hecha una santa.

ROS. ¡Isabel!
¡Que desbarras! ¡Que deliras!
¡Hablas con un desenfado
de tu padre!

PIO. Pobrecilla,
tiene razón. Tiene un alma,
protesta. Tú eres más fría
que el mármol. ¡Valiente padre!
Si me parece mentira
que esté tan loco, tan ciego,
tan fuera de sus casillas.
De esa mujer la conducta
no es para nadie un enigma.
Si ha tenido amores con ..

ROS. ¡Don Pío!

ISABEL. ¿Por qué te admiras?
Si es cierto. Cuéntaselo,
cuéntaselo.

ROS. No prosigas.
Yo no lo quiero saber;
y tú, Isabel, lo debías
ignorar. ¡Es un delito,
un crímen nuestra desidia,
nuestro abandono, dejarte
en la infausta compañía
de tu padrino!

PIO. ¿Por qué?

ROS. Porque esta niña es muy niña,
y usted don Pío...

PIO. ¡Yo, viejo
y chocho! Gracias, sobrina.

ISABEL. No tendrá la tal mujer
bueno más que la carita,
el ser muy guapa.

ROS. Eso sí.
Tiene una cara expresiva,
animada.

ISABEL. ¿Tú la has visto?

PIO. ¿Pero tú la conocías?
ROS. Su retrato está en el album.
PIO. Á ver. (Isabel y Pio abren el album.)
ISABEL. ¡Es esta!
ROS. La misma.
ISABEL. Mírala bien: tiene cara
de mala, de vengativa.
¡Y en el sitio preferente
se ha colocado la pícara!
Aquí mi hermana, aquí yo,
aquí mi madre... ¡bendita
seas!... ¡y en medio de todas!...
¡Por supuesto!
ROS. ¿Qué haces?
ISABEL. Mira.
¡Lo que se merece ella!
(Saca el retrato y lo rompe.)
ROS. ¡Isabel!
ISABEL. ¡Ya está hecho trizas!
Y ahora te voy á dar gusto.
Me quedo. Quieres que viva
con vosotros; pues aquí
estoy para recibirla,
para contestarla mal
y armarla una tremolina
á cada paso y vivir
en una lucha contínua.
Voy dentro. Fuera el sombrero
y vengan las zapatillas
y el matinée. Venga el traje
de guerra. ¡Guerra á esa arpía!
¡Las tijeras en el cinto
y las uñas prevenidas!
(Sale por la derecha primer término.)
ROS. ¡Qué cabeza!
PIO. Adios, Rosario.
ROS. ¿Te vas?
PIO. Me vuelvo á la quinta.
ROS. ¿Cómo tan pronto?
PIO. Á tu padre
no le gustan mis visitas.
Desde el suceso del baile

está conmigo que trina
¡Pobre Isabel! ¡Á mi lado
cuánto mejor estaría! (Sale por el fondo.)

ESCENA III.

ROSARIO y D. JUAN por la derecha.

JUAN. Rosario.
ROS. Padre de mi alma.
JUAN. Pero ¿dónde estás metida
toda la mañana? Me hace
gran falta tu compañía.
Desde que estamos tan solos,
la casa se viene encima,
y te quiero más y busco
con más ánsia tus caricias.
ROS. Isabel ha vuelto.
JUAN. Sí.
¡Ingrata! ¿Está arrepentida?
Viene humilde.
ROS. Viene buena.
JUAN. ¡Oh! no busque mis sonrisas.
¡Dejarme! Para tí sola
el amor que dividía
entre todos. ¡Para tí
el alma, Rosario mía!
¿Tú, la que no me has dejado;
tú, la que no participas
de sus funestos errores
y de sus nécias manías?
¿No es verdad que tú no crees
que aquella que te destina
para tu madre el que hoy
te quiere más que á su vida
pueda ser lo que asegura
esa gente infame y cínica?
¿No es verdad?
ROS. Yo, padre mío.
JUAN. Dí.
ROS. ¿Qué quieres que te diga?
Yo sé muy poco. No tengo

tu experiencia.

JUAN. Esa es mi guía.
¿Soy yo por ventura un niño?
¡Tan pronto se me alucina!
Allí vive la verdad
no la infame hipocresía.
Cuando tu llegues á ver
aquella casa tranquila
y pacífica, y aquella
mujer modesta y sencilla.
el alma de aquella casa
y el alma del alma mía,
me comprenderás mejor.
Siempre sentada en su silla
con la labor en la falda,
y cerca el libro de misa,
y allá en el fondo su piano,
cuyo musiquero apila
de Mozart, Gounod y Eslava
las sagradas melodías.
Un año entero pasé
á su lado. ¡Qué delicia!

ROS. ¡Un año!

JUAN. El año pasado.
Yo no voy nunca deprisa.

ROS. Y el año anterior, papá.

JUAN. Antes no la conocía.

ROS. Pues mira gentes formales
que la han conocido, que iban
el año anterior allí,
dicen... y cuentan... y afirman
que nunca hubo costurero
allí, ni libro de misa.

JUAN. ¡Eso es falso! ¡Quién te ha dicho!

ROS. No te enfades: ya te irritas.

JUAN. ¡Tú también!

ROS. Si no lo creo.

JUAN. Haces bien: ¡eso es mentira!

ROS. No te vuelvas contra mí!
No lo creo, no me riñas.
Ven aquí: mira este ramo.
¡Qué flores tan hermosísimas!

JUAN. ¿Es un regalo?
ROS. De ella.
JUAN. Hola. empezó tu conquista.
ROS. Dijo que vendría á vernos.
JUAN. Á vernos, ¡qué tontería!
¡Iremos antes los dos!
ROS. ¡Los dos!
JUAN. Hoy, en cuanto escriba
unas cartas. Esta tarde.
Es deber de cortesía!
ROS. (¡Dios mío! ¡Á su casa yo!
¡Á su casa!)
JUAN. No te vistas
mucho.
ROS. (¿Qué hacer?)
JUAN. Ya verás
qué simpática y qué lista!

ESCENA IV.

DICHOS y D. MARTIN por el fondo.

MARTIN. ¡Señor don Juan!
JUAN. Mi querido
don Martín!
MARTIN. Adios, monísima.
JUAN. ¿Y esas capitulaciones
matrimoniales? Dormitan
sobre la mesa de usted,
ó las tiene usted concluidas?
MARTIN. No es puñalada de pícaro,
ni se debe andar de prisa.
Es usted viudo y con hijos,
y tiene usted muchas fincas,
y hay que atar muy bien los cabos
para no hacer tonterías.
JUAN. ¡Dios mío! Cuántos papeles
nos piden estos escribas!
Legajos y documentos.
¡Nos va uste á pedir la Biblia!
MARTIN. Para casarse hace falta...

la Biblia es cosa precisa.
MARTIN. El último documento
no viene.
JUAN. No es cosa mía.
Hoy mismo diré á Enriqueta
que me lo mande enseguida:
vamos á verla esta tarde.
MARTIN. ¡Los dos! (¡María Santísima!)
JUAN. Con el permiso de usted,
don Martín.
MARTIN. (¡Dios nos asista!)
(Sale D. Juan por la derecha.)

ESCENA V.

ROSARIO y D. MARTIN.

MARTIN. ¿Hoy vas á verla?
ROS. Por fin.
MARTIN. ¿Tienes ánimos?
ROS. Creía
hasta hoy mismo, que tenía
más ánimos, don Martín!
Me engañaba la distancia.
Hoy que se acerca el momento,
que está tan próximo, siento
invencible repugnancia.
El alma se hace pedazos
al pensar que voy á oír
su voz, que van á oprimir
mi pobre cuello sus brazos,
y que habré de soportar
que estampen sobre mi frente
un beso tan diferente
del que me solían dar.
Aquél beso de placer,
de paz, de amor acendrado,
aquél beso puro dado
con tal fuerza, que por ver
chocar nuestros lábios rojos
y confundirse dos vidas,
nuestras almas conmovidas

se asomaban á los ojos!

MARTIN. ¡Oh! sí, mi pobre Rosario:
mil veces te abrazará
y los nombres te dirá
más dulces del Diccionario,
y hasta que se vea aquí
será amable, cariñosa,
dulce, insinuante, melosa!

ROS. ¿Usted la conoce?

MARTIN. Sí.
Muchas veces la he ido á ver
á su casa: el caso es llano.
Ella mala, yo escribano:
tenía que suceder.
Pero no me hagas lo injuria
de que fuí como galán.
¡Nunca! esas mujeres dan
mucho que hacer á la curia.
Años hace, un caballero
un legado la dejó,
yo hice el testamento, yo
fuí á llevarla el dinero.
Una temporada escasa
duró el oro del buen hombre;
yo de un acreedor en nombre
hice embargarla la casa.
Su vida agitada fué,
y muy variada, qué quieres.
La vida de esas mujeres.
Ya van en coche, ya á pie,
ya ricas, ya sin dinero,
y se ponen á porfia
la última moda del día
ó el traje del pordiosero.
Así el destino tranquilo
que goza en mortificarlas
las empuja hasta dejarlas
en la cárcel ó el asilo.
De tal fin, pocas salvadas,
muy pocas madres ó esposas:
en la apariencia dichosas,
en el fondo desdichadas.

Se embriagan con sus locuras,
más acaban por llorar,
porque el vicio es como el mar,
¡está lleno de amarguras!

ROS. Don Martín; emplee usté
en mi padre esa elocuencia,
usted que tiene influencia
con mi padre.

MARTIN. Yo veré.

ROS. Callar un crímen será
en un asunto tan grave.
Si usted dice lo que sabe...

MARTIN. ¿Piensas tú que me creerá?
Á mí á dudar y á temer
me enseñan los desengaños.
Á un chiquillo de veinte años
se le puede convencer.
Á ese se le atemoriza,
ó se le tiene encerrado,
ó en último resultado
se le pega una paliza.
Pero, ¿cómo? ¿de qué modo?
á un hombre ya de su edad,
si él tiene la autoridad,
si él cree saberlo todo.
No existe sér más negado,
ni fiera más indomable
que un señor muy respetable
de cincuenta enamorado.
No oye, no tiene paciencia,
¿convencerse? Tontería.
Fía en la sabiduría
que le presta su experiencia
y no se digna escuchar
á ninguna voz amiga.
El osado que le diga
que le quieren engañar
le hace una herida cruel.
Él es muy listo y muy ducho;
y si se le apura mucho
la paliza la da él.

ROS. Entonces; ¿no hay esperanza?

De brazos nos cruzaremos.

MARTIN. Eso nunca; lucharemos
y con fé todo se alcanza,
y yo como soy notario
tengo muchísima fé.

ROS. Y yo la tengo en usté,
fé y esperanza!

MARTIN. Rosario,
pobre criatura.

ROS. Usté es diestro
y hábil, y algo puede hacer,
mas si sabe esa mujer
que es usted amigo nuestro,
contra usted le prevendrá.

MARTIN. Eso lo tengo salvado.
Se me ocurrió. Le he inventado
una historia á tu papá.
Le he rogado que no diga
que soy visita de aquí,
ni que me ha encargado á mí
el contrato, que es amiga
y la quiero sorprender
y como yo pueda á esa
he de darla una sorpresa
que me la va á agradecer.

ESCENA VI.

DICHOS y JULIÁN por el fondo.

ROS. ¡Tú, Julián!

JULIAN. No te anunció
hoy mi padre mi llegada.

ROS. No, si no sabia nada.

MARTIN. Es verdad; se me olvidó.
Por cierto que has vuelto aquí,
Julián, muy apresurado,
y sin haber terminado
la comisión que te dí.

JULIAN. ¡Oh, ya no era necesario!
Faltaba poco, muy poco,
y además estaba loco.
Las cartas de mi Rosario

me han obligado á volver.
¿Lo que dices, es verdad?
¡Qué horrible inmoralidad!
¡Tú aquí, con esa mujer!
Ante ella, humilde, obediente,
bajo el poder de esa arpía.
No puedes estar ni un día
aquí decorosamente,
qué digo un día, una hora.
Por tí vengo apresurado.
Acepta este brazo honrado
y sal de esta casa ahora.
En la mía tu presencia
celebrarán mis hermanas,
y al abrigo de esas canas
vivirá en paz tu inocencia.
Pues que su padre es impío.
¡Robémosle su tesoro!

MARTIN. Vamos, por Dios te lo imploro.
¡No delires, hijo mío!

JULIAN. De verla aquí tengo miedo.
ven, te lo suplico yo.
¿No vienes conmigo?

ROS. No.

JULIAN. ¿Por qué, Rosario?

ROS. ¡No puedo!
Tu amor te hace desvariar:
vuelve en tí: sé generoso.
Á un padre cuando es dichoso
se le puede abandonar.
Más fuera conducta odiosa
de mujer de mala raza
irse cuando le amenaza
una desgracia espantosa.
Mi corazón me lo veda.
Aunque sufro y tengo miedo,
aquí estoy y aquí me quedo,
suceda lo que suceda.
No quiero que cuando un día
el desengaño le hiera
y llore con pena fiera,
su desventura y la mía,

al buscar su alma afanosa
lenitivo á su dolor,
no halle ni un eco de amor
en su casa silenciosa!
Me tendrá aquí: porque el cielo
para algo forma estos lazos.
Su sostén, serán mis brazos,
mi voz será su consuelo,
y aquí tendrán sus enojos
mi pecho para llorar,
mi boca para secar
las lágrimas de sus ojos.

JULIAN. ¿Y renuncias de ese modo
á nuestra ventura, dí?

ROS. Si me he de marchar de aquí
ahora, yo renuncio á todo

JULIAN. ¡Á todo! Y si esa traidora
viene aquí para humillarte,
si goza en mortificarte,
si al verla de aquí señora,
el corazón se te salta
y protesta tu pudor.

ROS. ¡No me quites el valor,
Julián, porque me hace falta!

JULIAN. ¿Lo ves? ¡Si no puede ser!
¡Mi Rosario!

MARTIN. ¡Calla, ya!
Julián, basta. Déjala
que cumpla con su deber.
Puesto que has de ser su esposo
ayúdala en sus intentos.
No tuerzas los sentimientos
de su corazón hermoso
con tu palabra que abrasa.
Sé á mi voluntad sumiso.
Por lo demás no es preciso
que la ofrezcas nuestra casa,
ni es necesario que yo hable.
La pena que Dios la envía
pasará; más si ésta un día
se la hiciera insoportable,
ya sabe que tiene allí,

y no son palabras vanas,
en mis hijas dos hermanas,
en tí esposo, padre en mí!

ROS. ¡Oh! ¡don Martín!

JULIAN. Padre mío.

MARTIN. Bueno, bien, basta de extremos.
¡Ea! y no nos apuremos.

ROS. En usted sólo confío.

MARTIN. No me he descuidado. Ya
á mis solas discurrí,
y yo espero algo.

ROS. ¿Algo?

MARTIN. Sí.
No se si resultará.

ESCENA VII.

DICHOS, ENRIQUE y LUIS por el fondo.

ENR. ¡Rosario!

LUIS. ¡Hermana!

ROS. ¡Tú aquí!
Tú también.

LUIS. Nos decidimos
á venir; pero venimos
sólo para verte á tí
por brevísimos instantes.

ENR. Venimos para algo más,
que tú ya comprenderás.
Hasta hoy vivimos errantes
como dos almas en pena
sin saber lo que nos pasa.

LUIS. Pero ya hemos puesto casa.

MARTIN. ¡Hombre, estás de enhorabuena!

ENR. Te venimos á sacar
de esta, que ha de ser un potro
para tí.

MARTIN. (¡Dios mío! otro
que se la quiere llevar.)

ENR. En mí sería villano,
al marcharme dignamente,
dejar lo más inocente
al alcance de su mano.

Tan miserable no soy.
Ve á ver á tu padre y dí
que hemos venido por tí,
y que sin tí no me voy.
Dale un cariñoso adios,
aunque nos tache de ingratos,
y recoge los retratos
de mi madre, y vámonos.

ROS. Enrique: ¿qué he de decirte?
vivir contigo sería
hoy mi mayor alegría;
pero no puedo seguirte.
Harto se te alcanza á tí
la razón en que me fundo.
¡Oh! No hay poder en el mundo
que á mí me arranque de aquí.

ENR. Está bien, Rosario, yo
por la fuerza no es posible
que te lleve. Me es sensible,
mas desisto, y se acabó.
La partida no perdí,
serán mayores los males,
dices que de aquí no sales,
pues ella no entrará aquí.
Siempre cerrando la entrada
en la puerta me has de ver.
Á tí no te ha de ofender
ella ni con la mirada.

ROS. ¡Por Dios! Escenas evita.

MARTIN. (¡Si es que Dios no lo remedia,
esto concluye en tragedia!)
Vamos, hombre.

RAMON. Señorita. (Sale por la derecha.)

ESCENA VIII.

DICHOS y RAMÓN.

ROS. ¿Qué quieres?

MARTIN. (¡Quién le sujeta!)

RAMON. Que se acabe de vestir,
dice don Juan, que han de ir

á ver á doña Enriqueta. (Sale por el fondo.)

ENR. ¡Cómo! ¡Tú á Enriqueta!

MARTIN. (¡Adios!)

JULIAN. ¡Tú á verla!

MARTIN. (¡Dios nos asista!)

ENR. ¡No será mientras yo exista!

JULIAN. ¡Lo impediremos los dos!

LUIS. ¡Los tres!

MARTIN. ¡Faltaba éste ahora!

ENR. Tú á su casa, tú á ofrecerte.

JULIAN. Tú presurosa á ponerte
á los piés de esa señora.

ENR. Pero mi padre está loco.

JULIAN. El amor le trastornó.

ENR. ¡Yo voy á decirle!

JULIAN. ¡Y yo!

MARTIN. ¡Eh, señores, poco á poco!
¡Qué violencias, qué furores,
qué declamar en tropel!
El loco no es sólo él:
lo estamos todos, señores.
Demos tregua á la pasión
y ahorrémonos un mal día.
Un poco de sangre fría
y un poco de reflexión.
En tan críticos períodos
calma. En resúmen: ¿yo valgo
ó no? ¿Sirvo para algo?
¿Tienen confianza en mí?

JULIAN. LUIS, ENR. y ROS. ¡Todos!

MARTIN. Entonces no hay más que hablar.
Yo en diplomacia despunto.
Á mí dejadme el asunto
que yo lo sabré arreglar
sin violencias ni atropellos.

JULIAN. Pero...

MARTIN. Ya me tienes harto.
Luis y Enrique, á vuestro cuarto,
tú, Julián, también con ellos.
Yo tengo tendidas ya
mis redes para esa hermosa,
y yo espero algo, una cosa

que nos salva.

ENR. (¿Qué será?)

MARTIN. Dejadme y yo le hablaré
y yo intentaré.

JULIAN. Nos vamos.

ENR. Nos vamos; pero aquí estamos.

MARTIN. Bueno, bueno: ya lo sé.

(Salen Enrique, Julián y Luis por la izquierda, segundo término.)

ESCENA IX.

ROSARIO, D. MARTÍN y D. JUAN.

MARTIN. (Creo que vamos á concluir
muy mal. Estos son capaces
de todo.)

JUAN. (Por la derecha.) Pero ¿qué haces,
Rosario? Vete á vestir.
¿No te han dicho que te espero?
Nada de lujo conmigo.
El mismo traje, un abrigo
sencillo y cualquier sombrero.
Ponte modesta y de oscuro
si la quieres complacer.
Vamos, de prisa, mujer.

ROS. ¡Don Martín! (Bajo.)

MARTIN. ¡Vaya un apuro!

(Sale por la derecha primer término.)

ESCENA X.

D. JUAN y D. MARTÍN.

MARTIN. (Aunque parece sencillo
es difícil el problema,
este hombre no oye razones
y además es una hiena)

JUAN. Don Martín, no estoy tranquilo.
Me devora la impaciencia
porque deseo salir
de esta situación violenta.
Mi pobre Rosario está,

triste, nerviosilla, inquieta.
No la conoce, y es claro...
En cuanto vaya y la vea,
y ella la abrace y la haga
á la pobre cuatro fiestas,
se acabaron los suspiros,
y las caras indigestas.

MARTIN. Hombre de Dios, como usted
vive con el alma hecha
pedazos, y el corazón
lo mismo que una caldera
de vapor, piensa que todos
se van á inflamar al verla.

JUAN. Todos, todos. No es posible
sustraerse á la influencia
de sus ojos. En casándome,
usted, don Martín, no entra
en mi casa.

MARTIN. ¿Yo? ¿Por qué?

JUAN. Por si acaso.

MARTIN. Bah, sesenta
han caído, y además
la conocí en otra época,
y no es tanto el magnetismo
de sus ojos. Exagera
un poco. Á primera vista ..
pero en entrando en materia,
en cuanto ella dice y hace
se vé un poco de comedia.

JUAN. ¿De comedia? (Disgustado.)

MARTIN. Sí, don Juan
¿qué es eso? Ya se subleva
usted. Hablemos por Dios
como dos hombres que piensan,
como dos hombres de mundo
que saben que en esta esfera
mortal no hay nada imposible.
Frágil la naturaleza,
y los buenos candorosos,
y los canallas alerta,
á poco que se descuide
al más listo se la pegan.

¿Usted me tiene por hombre
grave, sério, de conciencia?

JUAN. Sí.

MARTIN. Cuando digo una cosa
no la digo á la ligera

JUAN. Sin duda.

MARTIN. Es que tengo datos
en que fundar mis sospechas.

JUAN. Es verdad.

MARTIN. Vamos á ver,
aquí cerradas las puertas,
sin que nos oigan.

JUAN. ¿Qué es esto?

MARTIN. Esto es una confidencia
de amigos. Vamos á ver,
don Juan: si yo le digera...
Pero no se va á enfadar.

JUAN. ¿Por qué?

MARTIN. Solemne promesa.

JUAN. Corriente.

MARTIN. Esta es una hipótesis
que puede ser verdadera
y puede ser falsa.

JUAN. Bien.

MARTIN. (¡Ay! ¡qué sudores me cuesta!
Tratar con enamorados
es atroz!) Si le digera
que tengo dudas, y dudas
bastante graves, acerca
de la conducta pasada
de esa dama.

JUAN. ¡De Enriqueta! (Muy irritado.)

MARTIN. ¡Hombre! No se enfade usted.
Hablo en sério, se contesta
en sério, sin arrebatos,
ni desplantes de tragedia!

JUAN. Pues en sério: si mi padre
volviese hoy mismo á la tierra
y mil veces me jurase
por su salvación eterna
que no es buena, no le creo
tampoco: ¡esa es mi respuesta!

MARTIN. Pues entonces, cásese,
y que sea en horabuena,
y que le aproveche á usted
todo lo que le suceda!
(¡Infeliz! ¡Cómo le han puesto!
Si esa maldita sirena
le dice un día que yo
no soy don Martín Perea,
sino cualquier cosa, vamos,
una señorita inglesa
disfrazada de escribano,
se lo cree!)
JUAN. ¡Pero esta
muchacha! ¿Qué haces, Rosario? (Llamando.)
¡Ven, ya está la carretela!
MARTIN. (¡Pero estos hijos, Dios mío,
que de mí todo lo esperan!)

ESCENA XI

DICHOS y ROSARIO.

JUAN. ¡Rosario!
ROS. Ya estoy, papá.
JUAN. Así, sencillita, ea,
vamos ya, ¿viene usted?
MARTIN. ¡Yo!
ROS. (¡No hay medio! ¡Siento una pena,
una opresión, unas ganas
de llorar. Yo no quisiera
ir, yo no puedo!)
JUAN. ¿No vamos,
qué haces, mujer? ¿En qué piensas?
ROS. ¡Ah! ¡Dios mío! (Rompe á llorar.)
JUAN. ¡Tú llorando!
MARTIN. (¡Adios, los otros se enteran
y salen, y una batalla
campal! ¡Los hijos se almuerzan
al padre!)
JUAN. ¿Por qué ese llanto?
MARTIN. (Bajo.) ¡Más bajo! ¡Por Dios! ¡Prudencia!
JUAN. ¿Qué es esto? (Disgustado.)

ROS. (Llorando.) ¡Que yo no puedo
ir!
JUAN. ¡Irás aunque no puedas!
ROS. ¡Que no quiero!
JUAN. (Furioso.) ¡Que no quieres
dices!
MARTIN. (¡Ya rugió la fiera!)
JUAN. Te has figurado que á mí
me asustan esas pamemas!
MARTIN. (¡Dice las cosas de un modo
este hombre, que no hay paciencia
para oirlas!)
JUAN. ¡Tú también
cual los otros te rebelas!
MARTIN. (Yo soy un hombre tranquilo
enemigo de reyertas.)
JUAN. ¡Tu padre soy y lo mando,
y es preciso que obedezcas!
MARTIN. (¡Mas ya siento que la sangre
se me sube á la cabeza!)
ROS. ¡Padre mío!
JUAN. Irás conmigo,
irás de grado ó por fuerza! (Muy violento.)
MARTIN. Don Juan!... mire usted, don Juan.
(Conteniéndose con trabajo.)
¡Francamente, esas maneras!
Una hija no es una esclava.
JUAN. Mas cuando un padre la ordena
una cosa justa!
MARTIN. (Más enfadado.) Un padre
no es un tirano!
JUAN. ¿Y si es terca?
MARTIN. No es terca. (Más enérgico.)
JUAN. Si es caprichosa.
MARTIN. No es caprichosa. Es perfecta,
es un ángel. Más prudente
que usted. En su ejemplo aprenda.
JUAN. ¡Don Martín!
MARTIN. (Estallando.) ¡Don Juan! (¡Le pego!)
JUAN. Entónces ¿por qué se niega
en ir á ver á su madre?
MARTIN. Porque no es su madre esa,

ni lo será, porque el cielo
no consiente tal afrenta,
porque nunca del pudor
fué madre la desvergüenza!
Lo dicho, usted tiene menos
mundo que un niño de teta,
y en manos de esa mujer
es usté un polichinela;
pero usted no ha de casarse
ni le admiten en la iglesia,
porque está usted rematado
y á los locos los encierran!
¡Me he desahogado! Doy fé
y firmo: Martín Perea.

JUAN. Basta, señor don Martín.

MARTIN. (Se me fué un poco la lengua.)

JUAN. Me limité con los otros
á consignar mi protesta.
Con usted es diferente,
usted no habla á la ligera.
Para decir lo que dice,
tendrá razones muy sérias
y fundamentos muy sólidos.
De acusación tan tremenda
necesito en el instante
la prueba.

MARTIN. Don Juan...

JUAN. ¡La prueba!

ESCENA XII.

DICHOS y RAMÓN por el fondo.

RAMON. (Con una carta.) Esta carta, don Martín.
La llevaron con urgencia
á su casa, y la ha traído
el criado al punto.

MARTIN. Venga.
Á ver... Dame. (Ah! sí! Por fin!
¡Ya está aquí! ¡Su propia letra!
No me engañes, corazón.)
Si usted me da su licencia.

JUAN. Usted la tiene.
MARTIN. (Abre y lee.) ¡Cayó!...
¡Buena carta!... ¡De primera!
¡No quiero más! Pobrecilla.
(Bajo á Rosario.) No llores: todo se arregla divinamente.
ROS. (Bajo.) ¿Qué pasa?
MARTIN. Calla, y presencia la escena.
(Alto.) Don Juan: si usted quiere darme cuatro minutos de audiencia.
JUAN. Á sus órdenes estoy,
señor don Martín.
MARTIN. Más cerca.
¿Quiere usted que leamos juntos
esta carta? Le interesa.
JUAN. ¿Á mí?
MARTIN. ¡Conoce estos rasgos!
JUAN. ¡Es su letra!
MARTIN. Sí, su letra.
JUAN. Le escribe á usted.
MARTIN. ¿Por qué no?
¿Le hice algún favor en fecha
remota?
JUAN. ¿Favores?
MARTIN. Si.
Dando por el mundo vueltas,
yo escribano y ella mala,
nos encontramos por fuerza.
JUAN. ¿Cómo mala?
MARTIN. ¡Pero mala!
Un poquito de paciencia.
«Mi querido don Martín.»
Está apurada de veras.
Cuando yo no la hago falta
me llama Martín á secas;
porque eso sí: tiene una
sans façons y una franqueza!
JUAN. Vamos: ¿quiere usted seguir?
MARTIN. «Usted que á chicos sin padres,
»padre y madre les encuentra,
»y que inventa testamentos
»y que quita y pone herencias.»

¿No ve usted? Mi mala fama
que me persigue doquiera.
«Me quiere hacer un favor,
»un gran favor?» Bien empieza.
«Me piden un documento
»que no puedo dar.» Por fuerza.
Como que yo le pedí,
porque sabía que ella
no le tenía. Le ví
al pobre don Juan sin fuerzas
para resistir y dije:
¡Infeliz! se lo merienda.
¡Oh! pues aquí de mi astucia
y mi maña curialesca.
La pido el papel, y entonces...
Por eso da tantas vueltas
estos días, y ha ido á verme,
más yo evité su presencia
pensando: ésta va á pedirme
algo; pues que no me vea.
Que escriba. Será algo grave.
¡Yo quería que escribiera
sólo por usted! Ya ha escrito.

JUAN. Hombre, siga usted. ¡Qué flema!

MARTIN. Voy. «Necesito ser viuda.»

JUAN. ¡Ser viuda!

MARTIN. «Con *v*: está en regla.
«Necesito la partida
»de defunción, por la Iglesia,
»de mi marido, aunque esté
»techada en China ó América.
»Búsqueme usted un difunto.»

JUAN. ¡Qué atrocidad!

MARTIN. «Que no tenga
»inconveniente en pasar
»por mi esposo. Su respuesta
»pronto.»

JUAN. ¡Qué es esto, Dios mío!

MARTIN. «Hombre cándido. Una herencia
»colosal. Boda magnífica.
»Impaciente. Suya. Etcétera.»

JUAN. ¡Es un sueño! ¡Es que deliro!

¡Tal infamia! ¡Tal bajeza!
¿Pero esa carta, qué dice?
¡Yo no puedo comprenderla!

MARTIN. Pues, hombre; la cosa es clara,
y es raro que no lo entienda.
Dicen que yo soy un pillo.
Hay que hacer alguna buena.
Pues á mí que las sé hacer.
Usted es un tonto y ella...

JUAN. ¡Ella sí!

MARTIN. (Dándole la mano) Estamos conformes.

JUAN. (Cayendo en una silla.)
¡Oh! ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza!
¿Qué voy á hacer? ¿Qué dirán?

MARTIN. Dejar que hablen la que quieran,
despreciar á esa mujer,
olvidar esas quimeras,
dar un abrazo á sus hijos,
aprender de estas flaquezas,
y morir viudo.

JUAN. Sí, viudo.
¡Mis hijos, todos, que vengan!
¿Dónde están?

MARTIN. Todos en casa.
Los trajo la Providencia.

ROS. ¡Isabel! (Llamando.)

MARTIN. ¡Enrique! Luis! (Id.)

JUAN. ¡Rosario! ¡Tú la primera! (La abraza.)

ESCENA XII.

DICHOS, ISABEL, ENRIQUE, JULIÁN y LUIS.

ENR. ¿Me llaman?

ISABEL. Aquí estoy yo.

MARTIN. Os voy á dar una gran
noticia.

ISABEL. ¿Cuál es?

MARTIN. ¿Don Juan
ya no se casa?

ENR. ¿No?

JUAN. No.

MARTIN. Y ahora que estamos seguros
de que el peligro ha pasado,
os diré que habeis estado
con vuestro padre algo duros.
Hay que pedirle perdón,
ó vuestro amigo no soy.
ENR. ¡Sí, yo el primero!
JUAN. ¡Le doy,
aquí, sobre el corazón!
(Juan abraza á sus hijos.)
JULIAN. ¿Pero cómo se ha entregado?
¿Qué has hecho? Fué en un momento.
JUAN. Mi habilidad, mi talento.
Hombre, ¿por quién me has tomado?
ROS. ¡Ah, don Martín, qué alegría!
MARTIN. Otra te deseo dar
pronto. Por ahora á pensar
en esta casa, hija mía.
Ya tu empresa será llana,
pues están arrepentidos.
¡Cuando vuelva á sus sentidos
tu padre: cuando á tu hermana
refrenes y á aquellos potros
y todo lo dejes bien
arreglado, entonces ven
á arreglarnos á nosotros!

ESCENA XIII.

DICHOS y RAMÓN por el fondo.

RAMON. Don Juan.
JUAN. ¿Qué hay?
RAMON. Una señora
me ha entregado su tarjeta.
JUAN. ¿Quién podrá ser? «Enriqueta
Sandoval.»
MARTIN. ¡Á buena hora!
JULIAN. ¡Ella!
ROS. ¡Gran Dios!
ENR. ¡Se atrevió.
esa mujer á venir!

JUAN. Ahora la voy á decir!!

MARTIN. (Deteniendo á todo el mundo.)
Quietos todos: saldré yo.
Usted, don Juan, también quieto.
¡Esa es una desdichada!
¡La desgracia á un alma honrada
la inspira siempre respeto!
¡Nadie violento la ultraje!
Yo despedirla sabré,
y cortés la bajaré
del brazo hasta su carruaje,
y allí la diré: respeta
esta casa: es temerario
volver: este es el santuario
de la familia, ¡Enriqueta!
Aquí fortuna sin casa,
aquí amor, aquí placer;
pero tú, ¡pobre mujer!
¡no cabes en esta casa! (Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Cara y cruz, juguete cómico en un acto y en verso.
El sexo débil, juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y en verso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien..., comedia en tres actos y en verso.
Para una coqueta un viejo, comedia en dos actos y en verso.
Inocencia..., comedia en tres actos y en verso.
Al Santo, al Santo! apropósito cómico en dos actos y en verso.
Contra viento y marea, comedia en tres actos y en verso.
Como se empieza, comedia en un acto y en verso.
Una comedia y un drama, comedia en dos actos y en verso.
Como las golondrinas, comedia en tres actos y en verso.
Champagne frappé, juguete cómico en un acto y en verso.
Ni la paciencia de Job, comedia en tres actos y en verso.
El octavo, no mentir, comedia en tres actos y en verso.
La fuerza de un niño, comedia en tres actos y en verso.
Escurrir el bulto, comedia en un acto y en verso.
Por fuera y por dentro, comedia en dos actos y en verso.
La buena raza, comedia en tres actos y en verso.
Malditos números! comedia en tres actos y en verso.
Enseñar al que no sabe, comedia en tres actos y en verso.
La elocuencia del silencio, comedia en tres actos y en verso.
Sin familia, comedia en tres actos y en verso.
De todo un poco, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
El otro, comedia en tres actos y en verso.
Un año más, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
¿Perez ó Lopez? comedia en tres actos y en verso.
Pobre María! monólogo en un acto y en verso.
En plena luna de miel, comedia en un acto y en verso.
Sin solucion, comedia en tres actos y en verso.

Pension de demoiselles, humorada en un acto con el Sr. Vital Aza.
Caerse de un nido, comedia en acto y en verso.
Boda y bautizo, sainete, con el Sr. Vital Aza.
En primera clase, comedia en tres actos y en verso.
La mano derecha, juguete en un acto y en verso.
Los demonios en el cuerpo, comedia en un acto y en verso.
Vivir en grande, comedia en tres actos y en verso.
La lista grande, comedia en un acto y en verso.
El dia del sacrificio, juguete en un acto y en verso.
Meterse á redentor, comedia en tres actos y en verso.
Manzanilla y dinamita, comedia en un acto y en verso.
Viva España! sainete en un acto, en prosa y verso.
El enemigo, comedia en tres actos y en verso.

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos	1	Sres. Larra y Gullón	Todo.
Leonor I de Aragón	1	Pedro Navarro	»
Olas de sangre	1	Manuel Izquierdo	»
Por un sombrero	1	J. Guijarro y F. Olona	»
Clown	3	José Fola	»
El molino del Cármen	3	José Fola	»
Lo sublime en lo vulgar	3	José Echegaray	»
Mar y cielo	3	E. Gaspar y A. Guimara	»
Teresa	3	José Fola	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!	1	Tomás Gómez	M.
Certámen nacional	1	Perrin y Palacios	L.
Despacho parroquial	1	Tomás Calamita	1|2 M.
El golpe de gracia	1	Señá. Hurtado y Caballero	L. y 1|2 M.
En la plaza de Oriente	1	Cuevas	L.
Epilogo	1	Rojas, Ruiz y San José	L. y M.
La cruz blanca	1	Perrin y Palacios	L.
La verdad desnuda	1	Arniches y Cantó	L.
Pepa, Pepe y Pepin	1	Rafael M. Liern	L.
Perder la pista	1	Luis Larra	L.
Plan de estudios	1	Calixto Navarro	1|2 L.
Por España	1	Varas, Rojas y San José	L. y M.
Quedarse in albis	1	Rafael Taboada	M.
Timos conyugales	1	Luis Arnedo	M.
El rey reina	2	M. E. Tormo y M. Nieto	L. y M.
Nanón	2	Olona, Ferrer y G. Taboada	L. y 1|2 M.
Una broma en Carnaval	2	Casademunt y Strauss,	L. y M.
Sustos y enredos	3	Juan García Catalá	M.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestrros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.